

ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA DE LOS « CONCHALES » FUEGUINOS

POR MILCÍADES ALEJO VIGNATI

A Hugo Obermaier

INTRODUCCIÓN

En largos trechos del litoral patagónico y fueguino es fácil estudiar la vida de los antiguos habitantes de esas regiones, por los vestigios que han quedado de su paso. En efecto, en los parajes que les sirvieron de campamento estable o transitorio, subsisten testimoniando su presencia y documentando la vida de la tribu, espesas capas de conchas de moluscos, huesos de aves y mamíferos y espinas de pescados, donde se amontonaban los residuos de la insaciable voracidad de los aborígenes. Entre esos restos orgánicos se encuentran también, y en relativa abundancia, los instrumentos propios de la primitiva industria indígena. A esos yacimientos de inestimable valor documentario se les designa, en la literatura arqueológica europea, con el nombre de *kjoekkenmoeddings*; en Sud América española, el lenguaje popular los llama muy exactamente « conchales », en virtud del elemento preponderante ¹.

¹ Es probable que este americanismo sea una simple corrupción de la voz « concheros » con que se designa en España a estos depósitos, en razón del material que los forma. El término inglés equivalente *kitchen middens*, no me parece, en cambio, muy apropiado, ya que no se trata de desperdicios de cocina, sino de restos de comida.

Estas acumulaciones reciben en el Brasil denominaciones muy variadas: *sambaguis*, *sambagué*, *casqueiro* y *ostreira*; siendo el primero el más corriente y general y los restantes simples nombres regionales (conf. CARLOS WIENER, *Estudos sobre os sambaguis do sul do Brazil*, en *Archivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro*, I, 5, nota 4, Rio de Janeiro, 1876). En São Paulo, por ejemplo, se emplea la palabra *sambagué* que es una viciosa pronunciación del vocablo original. En los estados del sur y especialmente en Santa Catharina, se les llama *casqueiro*, mientras que en los estados septentrionales la dominación más difundida es la de *ostreira*. Ninguna de estas voces traduce, sin embargo, la idea de la intervención humana en la formación de esos depósitos y, por ello, localmente, se propuso la adopción del término inglés antes citado (conf. CARLOS FREDERICO HARTT, *Contribuições para a ethnologia do*

En otras partes, la explotación metódica de estos residuos ha sido de halagüeños resultados y muy provechosa para el conocimiento de la vida y costumbres de los antiguos habitantes que los dejaron. Entre nosotros aun no se ha intentado esa tarea, y el campo de estas investigaciones, que todavía puede considerarse virgen, espera la dedicación de un obrero inteligente para retribuirle generosamente el fruto de sus afanes.

Este estudio carece, pues, de antecedentes directos en la arqueología argentina.

Los « conchales » del territorio nunca han sido no ya estudiados, sino tampoco explorados en forma racional y científica ni aun siquiera ocasionalmente. Los de Tierra del Fuego han sido someramente señalados

valle do Amazonas, en *Archivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro*, VI, 2 nota, Rio de Janeiro, 1885): Sin embargo, síguense utilizando las palabras populares, no solamente en el lenguaje vulgar, sino, también, en las publicaciones científicas.

Pero cualquiera sea el nombre que se les de, el origen de estos depósitos brasileños no está bien aclarado. Los primeros descriptores los consideraron correlativos a los *kjoekkeumoeddings* dinamarqueses, es decir, acumulaciones artificiales resultantes de la actividad del hombre. Pero, después de algunas manifestaciones de Rath acerca de la posibilidad del origen natural de los depósitos, las observaciones de H. von Ihering en un gran *sambaqui* de la bahía de Paranaguá parecen demostrar que estas acumulaciones son, en efecto, naturales, debiéndoselas considerar como verdaderos cordones litorales. Este supuesto se basa en la circunstancia de que « las conchas no se hallaban mezcladas y sin orden », sino « por el contrario, sucediéndose en capas horizontales de ostras » (conf. H. VON IHERING, *El hombre prehistórico del Brasil*, en *Historia*, I, 162, Buenos Aires, 1903). En las capas inferiores no existen, además, vestigios de fuego ni restos industriales. Sólo cuando esas acumulaciones quedaron en descubierto, las pequeñas elevaciones fueron utilizadas como refugio, lo que hace posible se encuentren en ellas sepulturas y objetos trabajados (conf. VON IHERING, *El hombre*, etc., 163; H. VON IHERING, *Ueber die vermeintliche Errichtung der Sambaquis durch den Menschen*, en *Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft*, 1898, 454 y siguientes, Berlin, 1898).

Esta interpretación parece ser la más acertada y casi todos los autores locales que, posteriormente, se han ocupado de este tema las han aceptado aportando nuevas comprobaciones, siendo dignas de mencionarse las aducidas por Siemiradzki (conf. VON JOSEPH SIEMIRADZKI, *Geologische Reise beobachtungen in Süd-brasilien*, en *Sitzungsberichte der kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Mathematisch-Naturwissenschaftliche Classe*, CVII, 23 y siguientes, Wien, 1898). Y si bien Loefgren ha vuelto a reproducir la antigua interpretación del origen humano de las acumulaciones (conf. A. LOEFGREN, *Os sambaquis de S. Paulo*, en *Boletim da Commissao Geographica e Geologica do Estado de S. Paulo*, nº 9, São Paulo, 1893), el nuevo trabajo de von Ihering basado en las observaciones de Benedicto Calixto (conf. BENEDICTO CALIXTO, *Algunas notas e informações sobre a situação dos Sambaquis de Ithanhaen e de Santos*, en *Revista do Museu Paulista*, VI, 490 y siguientes, São Paulo, 1904), parece haber resuelto definitivamente la cuestión en favor del origen natural (conf. H. VON IHERING, *Archaeologia comparativa do Brazil*, en *Revista do Museu Paulista*, VI, 519 y siguientes, São Paulo, 1904). Pero si esta opinión es perfectamente aceptable y bien fundada, estimo, también, que la generalización de este principio sea aventurada. Dice, en efecto, von Ihering que *a idea da construcção artificial é falsa, nao só o ponto*

por algunos viajeros que han indicado su existencia y situación ¹. Una de las referencias más antiguas es la que se encuentra en el relato de la expedición de Wilkes de donde tomo, como curiosidad, la ilustración correspondiente a la choza de un fueguino (fig. 1), junto a la cual, según indica el autor, se ve *a conical pile of shells* ². A juzgar por el dibujo no se



Fig. 1. — Choza de fueguino y la característica acumulación de valvas junto a la entrada.
Según Wilkes

trata, en realidad, de un verdadero «conchal», sino de los restos acumulados por una sola familia y en muy corto espacio de tiempo pero que explica el proceso de formación de aquéllos mediante el aumento de pobladores que permanezcan estables. Más tarde, en una publicación rara y de difícil consulta, se han dado a conocer los resultados, sin duda al-

de vista geológico, mas tambien sob o zootechnico (conf. H. VON IHERING, *A origem dos Sambaquis*, en *Revista do Instituto Historico e Geografico de S. Paulo*, VIII, 456, São Paulo, 1904). No dudo que la afirmación sea exacta en lo que toca al *sambaqui* de Bogaçu en la bahía de Paranaguá y, tal vez, a algunos otros de los explorados por los estudiosos brasileños, sin que ello implique forzosamente que otros no puedan haber sido formados por el hombre. Sólo una investigación particular puede aclarar el origen de cada uno, pero, de todas maneras, la observación de von Ihering es sumamente valiosa como un llamado a la prudencia respecto a la calificación que merecen estos depósitos.

¹ CHARLES ROBERT DARWIN, *Journal and remarks 1832-1836*, en *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836*, III, 194, London, 1839; CARLOS SPAGAZZINI, *Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XIV, 164, Buenos Aires, 1882; ROBERTO DABBENE, *Viaje a la Tierra del Fuego y a la isla de los Estados*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, XXI, 28, Buenos Aires, s. f. Puede verse algunas observaciones a la interpretación de Darwin sobre el origen de estas acumulaciones en F. FONCK, *Naturwissenschaftliche Notizen über das südliche Chile*, en *Mittheilungen aus Justus Perthes' geographischer anstalt*, 467 y siguientes, Gotha, 1866.

² CHARLES WILKES, *Narrative of the United States Exploring Expedition*, I, 124, Philadelphia, 1845.

guna interesantes, de la explotación del « conchal » de la isla Elizabeth ¹, realizada en el último tercio del siglo pasado.

Es por este motivo, y en la esperanza de que mi trabajo pueda servir de acicate para que alguna de nuestras instituciones científicas realice en vasta escala la exploración de esos yacimientos, que me he decidido publicar el resultado de unas excavaciones superficiales que efectué en los « conchales » de la costa atlántica de la Tierra del Fuego. No obstante la brevedad del tiempo de que dispuse y lo somero de mis excavaciones, obtuve una serie de instrumentos indígenas, si no muy numerosa, cuando menos variada e interesante. A los objetos que había recogido en uno de los « conchales » creí oportuno agregar una pequeña colección aún no descrita, ² perteneciente al Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, adonde ingresó proveniente de las inmediaciones de Ushuaia.

Casi todos los instrumentos que voy a describir son únicos en su especie dentro del material que poseo en estudio. No me ha sido posible, por tanto, establecer una clasificación sistemática de sus formas; en cambio, he procurado inducir el proceso tecnológico que informó su preparación, lo que estimo de mayor importancia para fijar relaciones con el acervo industrial de otros pueblos.

Es evidente, por lo demás, que respondiendo a la índole de preliminares que tuvieron los trabajos sobre el terreno, este escrito no deberá ser considerado sino como un anticipo a las publicaciones fundamentales que derivarían de nuevas y amplias exploraciones.

Los hallazgos que enumero en este trabajo indican la riqueza de los « conchales » fueguinos. No sería aventurado esperar que en ellos se encuentre la solución de muchas de las incógnitas que aún subsisten en el campo de la antropología argentina y sudamericana y, muy en especial, las referentes al origen y relaciones de las razas que poblaron el archipiélago.

En su notable bibliografía fueguina, Cooper manifiesta entre sus *desiderata* la necesidad de explorar estos depósitos tan interesantes ². No pretendo que estas páginas realicen, ni siquiera por aproximación, aquel deseo, puesto que la brevedad de mis estudios sobre el terreno y la exigüidad del material coleccionado no permiten establecer conclusiones definitivas. Pero confío en que las mismas deficiencias de mi trabajo ser-

¹ DOMENICO LOVISATO, *Appunti etnografici con accenni geologici sulla Terra del Fuoco*, en *Cosmos*, VIII, 97 y siguientes, Torino, 1884-1885. No me ha sido posible ver esta publicación.

² JOHN M. COOPER, *Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory*. Smithsonian Institution. *Bureau of American Ethnology*, Bulletin 63, 64, Washington, 1917.

virán para acuciar el anhelo de que esta obra, tan llena de incentivos, se efectúe cuanto antes.

Sería injusto, antes de pasar adelante, silenciar mi agradecimiento al doctor Salvador Debenedetti, director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, por haberme permitido estudiar las piezas aún inéditas que se conservan en el establecimiento que dirige, tan rico en recuerdos de nuestras viejas razas.

Y, al propio tiempo, quiero dejar expresa constancia de mi gratitud al doctor Luis María Torres, director del Museo de La Plata, por la benévola acogida que brinda a este trabajo en la revista de la importantísima institución que está a su cargo. Al acogerlo, exhibe el doctor Torres un claro concepto de la finalidad práctica de un museo, que no es la de amontonar materiales más o menos valiosos; un museo requiere, ante todo, espíritu de investigación. Y si se añade a ese espíritu, la amplitud de miras con que el doctor Torres abre a todo trabajo sano la hospitalidad de su revista, se explica cómo, en los breves años de su dirección, el Museo de La Plata ha adquirido el rango que hoy ocupa, como primera institución científica de Sud América por el valor de sus colecciones y por la ayuda y protección que en él encuentran los que, desinteresadamente, se dedican a esas ramas de las ciencias.

CAPÍTULO I

Los « conchales »

UBICACIÓN. — Varios han sido los « conchales » que, en conjunto, he visto y examinado en la costa atlántica ¹ de Tierra del Fuego, mostrando todos las mismas particularidades de ubicación.

¹ He visto, también, « conchales » en la costa chilena, en puerto Harris y bahía Lomas, ambos en la isla Dawson, y hasta tuve oportunidad de explorar uno en la misma ciudad de Punta Arenas.

Se encuentra situado en la margen derecha del río de la Mano, a unos 80 metros de su desembocadura en el mar. El río de la Mano atraviesa la ciudad de Punta Arenas a unos 600 metros al sur del desembarcadero.

La parte más grande del « conchal » se ve en descubierto sobre una pequeña elevación cortada para la construcción de la verja del aserradero de la Sociedad industrial ganadera de Magallanes.

Esa parte mide unos 13 metros; sufre, después, una interrupción porque ha sido removido y limpiado, dando lugar a un camino que se interna en el aserradero. El « conchal » se continúa debajo de unas casas vecinas y reaparece a la luz en el linde de la manzana, de modo que medía, en su totalidad, 37 metros. El extremo dista sólo 5 metros de la orilla del río.

Con respecto al nivel actual del suelo, la elevación del « conchal » oscila entre 1

Los primitivos fueguinos vivían del mar que les ofrecía su alimentación casi exclusiva, cuya naturaleza, por otra parte, acrecía la necesidad vital de agua dulce. La satisfacción de esa doble circunstancia determina ineludiblemente la ubicación de los « conchales » en el punto de intersección de los elementos que llenan los dos requisitos: la proximidad del mar y del agua dulce, en la desembocadura de los ríos, arroyos o simples cursos de agua ¹.

Es allí donde se deben buscar y hasta puede afirmarse que no existe en aquel litoral desembocadura de un curso de agua, por pequeño que sea, que no muestre en alguna de sus márgenes esos depósitos de residuos acumulados por las comidas de varias generaciones.

No quiero pasar por alto, sin embargo, un hecho que por su anormalidad fortalece más que todas las coincidencias lo expuesto acerca de la ubicación de los « conchales ». En el río Chico existe uno que dista aproximadamente 200 metros del mar; pero a causa de la amplitud de la desembocadura y la lentitud de la corriente, en las altas mareas, el agua del mar invade el cauce del río en un par de centenares de metros y, sin que, aun mismo en baja mar, las aguas dulces consigan desalojar por completo a las marinas. Este fenómeno es de fácil comprobación por la diferente coloración de las aguas, y es tan constante que la margen derecha del río que lame el acantilado de cabo Domingo, constituye, actualmente, un refugio de lobos marinos (*Otaria* sp.). Los indígenas establecieron, pues, su campamento del río Chico, en igual disposición que los anteriores, en la intersección del agua dulce con el mar.

LOCALIDADES. — Yendo de norte a sur, sobre la costa fueguina, he observado « conchales » en las siguientes localidades :

metro y 0,80, de los cuales sólo 0,55 corresponden a la potencia del « conchal » y el resto al desnivel natural del terreno.

El depósito no es homogéneo, existiendo de 0,01 a 0,02 metros de pequeños guijarros que alternan con las capas cineríticas. Esta mezcla de guijarros y cenizas se nota en diferentes niveles.

Los moluscos que allí predominan son : *Fissurella*, *Mytilus*, *Voluta* y *Patella*. Hay, además, huesos de aves y mamíferos.

¹ La única excepción que he podido observar en la región que he recorrido es la de río Grande, en cuya desembocadura no he visto ningún « conchal ». En cambio, existe sobre su margen izquierda, en toda la extensión que media entre el arroyo Gaviota y la desembocadura del río, un amplio depósito formado por rodados y arenas con abundantes conchas de moluscos, principalmente *Mytilus* y *Nacella*. Se trata de un cordón litoral ya estudiado por Halle que lo considera un antiguo delta del río que se formó en los tiempos en que el mar alcanzaba un nivel hasta de 18 metros más elevado que el actual (conf. THORE G. HALLE, *On Quaternary deposits and changes of level in Patagonia and Tierra del Fuego*, en *Bulletin of the Geological Institution of the University of Upsala*, IX, 198, Upsala, 1910).

Río Chico — designado en algunos mapas con el nombre de *Carmen Sylva*¹ — que desemboca en la parte norte del cabo Domingo (Sunday, en

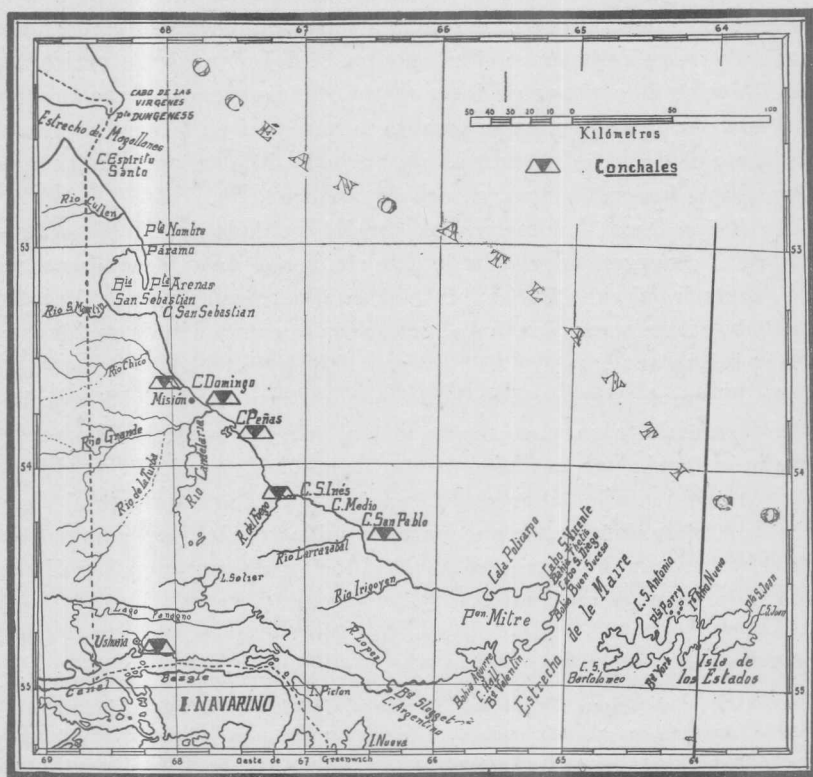


Fig. 2.— Mapa de la gobernación de Tierra del Fuego con la localización de los «conchales»² conocidos

los mapas ingleses). El «conchal» se halla sobre la margen derecha del río, a unos 200 metros del mar.

¹ Debido, seguramente, a su escaso caudal de agua, la Dirección de hidrografía lo señala como arroyo (conf. Dirección de Hidrografía argentina, carta 28, *Fondeaderos*, etc., *La Misión*). Por mi parte, ateniéndome a la nomenclatura popular lo continúo llamando río Chico que es como lo designan todos los pobladores de la región.

Tal vez en ninguna otra parte de nuestro país se observe mayor superposición de nombres que en la geografía fueguina. No parece sino que cada viajero haya querido perpetuar su paso por ese rincón de la tierra bautizando cuanto accidente se presentaba a su vista con nombres que podríamos considerar de uso privado. Los pobladores, en efecto, hacen caso omiso de toda esa exótica toponimia y tienen para cada lugar que frecuentan un nombre que responde a una realidad o que evoca algún suceso propio y que, en definitiva, será el que subsista a pesar de los mapas oficiales y particulares.

² El signo utilizado para indicar los «conchales» es el establecido por el Congreso Internacional de Antropología y arqueología prehistóricas (conf. : *La légende inter-*

Misión. He dado este nombre al yacimiento que se encuentra a una distancia aproximada de 600 metros en dirección sur de la casa de los padres salesianos ¹. En aquellos páramos innominados no existe manera de fijar situaciones sino con referencia a esos asientos inestables. Aquí el « conchal » no se halla sobre el mismo borde del mar, donde varios cordones litorales de cantos rodados y restos orgánicos ocupan una anchura de 200 metros. Tras de ellos se levanta la barranca en la cual, recién, se ha formado el « conchal », junto a un pequeño hilo de agua dulce que, por su propia insignificancia, carece de nombre ².

Cabo Peñas. Pocos kilómetros al sur del poblado de Río Grande — situado en la margen izquierda de este río, cerca de su desembocadura — se encuentra el cabo Peñas, junto al cual corre un arroyo. Al pie del acantilado existe otro « conchal », aunque la acumulación de residuos no sea muy importante.

Cabo Viamonte. Ignoro si en la desembocadura del río del Fuego hay algún « conchal » pero, poco trecho más al sur, junto a cabo Viamonte ³ existe un cañadón por el que corre un pequeño arroyo. Allí establecieron su campamento los aborígenes, quedando como testimonio el « conchal » que, actualmente, se encuentra semidestruido, por cuanto pasa por encima un camino carretero, y el tráfico va desmoronando y dispersando los elementos residuales.

nationale pour les cartes préhistoriques, en Congrès international d'Anthropologie & d'Archéologie préhistoriques, 7^e session, Stockholm, 1874, II, 954; Stockholm, 1876), adoptado, también, para América del Sud (conf. ERIC BOMAN y LUIS MARÍA TORRES, Proyecto de leyenda uniforme para mapas arqueológicos de la República Argentina y de la América del Sud en general, en Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Tucumán, 1916, 500; Buenos Aires, 1918-1919).

¹ No se olvide que la ubicación actual de este establecimiento no es la que figura en la casi totalidad de los mapas. La « misión » estuvo un tiempo sobre la margen izquierda del río Grande, a unos 700 metros de la desembocadura (conf. Dirección de Hidrografía argentina, carta 28, *Fondeaderos de la gobernación de la Tierra del Fuego: Río Grande*, edición 1916). Más tarde, ese terreno fué transferido, por venta, a una empresa comercial y los padres salesianos trasladaron su asiento a un paraje equidistante del río Grande y cabo Domingo (conf. Dirección de Hidrografía argentina, carta 28, *Fondeaderos de la gobernación de la Tierra del Fuego: La Misión*, edición 1916), y es allí donde, actualmente, explotan su establecimiento ganadero.

² Localmente, los habitantes desconocen que ese arroyo tenga nombre. Sin embargo, en la carta de la Dirección de Hidrografía figura como « Arroyo la Misión », (conf. Dirección de Hidrografía argentina, carta 28, *Fondeaderos, etc., La Misión*).

³ Conviene aclarar, en beneficio de los futuros comentadores de la toponimia fueguina, que este nombre no es un homenaje al prócer homónimo. Los autores de esta nomenclatura fueron los hermanos Bridges, propietarios de un campo vecino al que arribaron viniendo desde el sur por la « vía del monte ». Para perpetuar esa travesía, bautizaron con el nombre de « Viamonte » a la estancia que fundaron y de ahí se extendió al cabo que dista un par de kilómetros de las casas del establecimiento.

Ushuaia. Por último, aunque no lo he visto personalmente, conozco la existencia de otro « conchal » junto al canal Beagle, cerca de la ciudad de Ushuaia, en el llamado « presidio militar ».

TAMAÑO. — Las dimensiones de los « conchales » que he observado son sumamente variables, de acuerdo, sin duda, con la duración que hubieren tenido los campamentos de aquellos nómades. El más grande es el del río Chico, cuya extensión longitudinal es de 220 metros, un ancho de 9 metros y una potencia de metros 2,70.

VEGETACIÓN. — Todos los « conchales están coronados por una vegetación característica provocada, indudablemente, por factores edáficos. La presencia de sal marina y del calcáreo de las valvas sólo permite el arraigo de un tipo especial de vegetación, semejante, por lo demás, al que existe en los cordones litorales.

Los vegetales más abundantes y característicos son el *Apium australe*, Thouars¹ y algunas especies de *Senecio* que dan al conjunto un aspecto singular, debido al verde brillante del *Apium* mezclado al verde plateado y a los grandes capítulos del *Senecio* que los hacen visibles desde largas distancias². En menor cantidad, crecen, también, *Plantago maritima* L., *Armeria chilensis*, Boiss., y *Geranium magellanicum*, Hook.

¹ La presencia de estos vegetales sobre los depósitos de conchillas es un hecho comprobado anteriormente (conf. P. HYADES, J. DENIKER, *Mission scientifique du Cap Horn. Anthropologie, Ethnographie*, VII, 22, Paris, 1891). Los autores del siglo pasado suponían se tratara del *Apium graveolens* L., pero, según Reiche, parece diferenciarse de éste por las costillas menos gruesas y prominentes de los mericarpios (conf. K. REICHE, *Flora de Chile*, III, 102, Santiago de Chile, 1902).

² Ya Darwin se ha referido a la vegetación especial que crece sobre los « conchales » y que los hace visibles a la distancia (DARWIN, *Journal and remarks*, etc., 194). Pero su referencia plantea un interesante problema botánico.

El gran sabio inglés menciona, en efecto, como característicos de la vegetación de los « conchales » al apio silvestre y a las cochlearias. La mención de estas últimas me llamó sumamente la atención, por cuanto se las considera como un género exclusivo del continente boreal. Si la cita de Darwin era exacta, implicaba una rara y circunscripta expansión del género, no mencionada, por cierto, en las monografías especiales.

En cambio, si el vegetal no existe en Tierra del Fuego, corresponde averiguar cuál puede haber sido el que por su porte pudo inducir en confusión al naturalista del Beagle. He consultado el punto con el distinguido botánico José F. Molfino, quien con suma deferencia ha querido preocuparse del problema. Tal como lo esperaba, el joven botánico me ratificó que en este continente y en la Tierra del Fuego no existen cochlearias, opinando que lo visto por Darwin sería la *Draba magellanica* Lam., planta muy abundante en el sur y que ofrece diversas formas que, por cierta similitud, pueden confundirse con las especies de aquel género (conf. *Carta de José F. Molfino al autor*, lunes 11 [de octubre de 1926]).

COMPOSICIÓN. — Las acumulaciones residuales de Tierra del Fuego presentan las mismas características de los « conchales » clásicos ¹.

En el perfil natural que muestra el « conchal » sobre el ribazo del río

Chico (fig. 3), se pueden determinar con precisión el número de capas que lo constituyen. En algunas partes se distinguen cuatro capas; en otras cinco, y en algunos lugares se ven hasta seis capas diferentes. Es muy posible que esas diferencias no signifiquen más que simples traslados de pocos metros del asiento de la tribu, con la consiguiente formación de zonas circunscritas, con caracteres particulares, y que dan la impresión de capas diferentes.

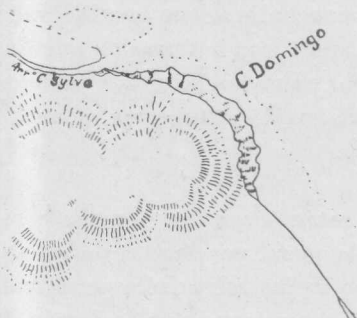


Fig. 3. — La desembocadura del río Chico (= C. Sylva) y el cabo Domingo. Según la División de Hidrografía.

Pero, dentro de la estratigrafía del « conchal », existen, en realidad, cuatro capas de verdadero valor documentario (fig. 4), que son las siguientes :

A. La más inferior es la que descansa directamente en la angosta plataforma existente al pie del acantilado de cabo Domingo. Casi exclusivamente está constituida por cáscaras y restos de invertebrados, siendo las *Patellas* el elemento característico y preponderante. Los restos están mezclados a abundantes cenizas grises, aunque no se pueda precisar exactamente el emplazamiento de los fogones.

Esta capa se ve solamente en la parte del « conchal » más alejada del mar y tiene un espesor variable, entre metros 0,10 y 0,80.

Los restos de animales, que se pueden recoger en gran cantidad, se refieren a las siguientes especies :

Mamíferos

Otaria jubata (Forster) Blainville. Por lo común, huesos de individuos jóvenes.

Arctocephalus australis (Zimm.) Allen. En cantidad menor que la anterior.

¹ Para dar mayor exactitud a la descripción, la circunscribo al « conchal » del río Chico que, además de ser el más importante, es el que he podido observar más detenidamente. Los demás difieren de éste, tan sólo, por el menor tamaño y, tal vez, menor número de capas, siendo idénticos en su composición.

Aves

Phalacrocorax sp. Estos huesos, por lo común, se encuentran muy fracturados.

Aptenodytes sp. Bastante raro.

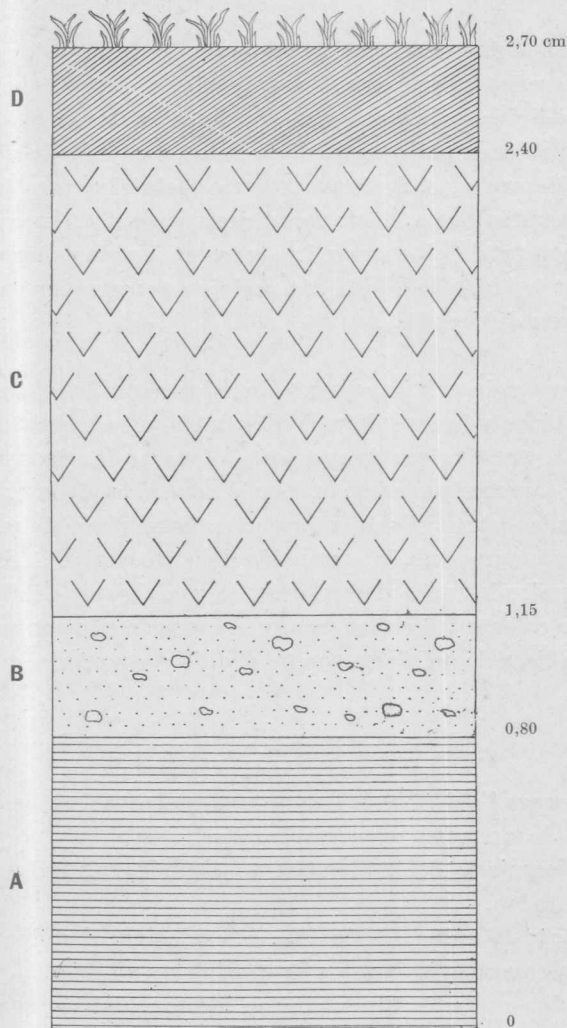


Fig. 4. — Perfil esquemático del «conchal» de río Chico en el lugar de su mayor potencia. A $\frac{1}{20}$ aproximadamente de su tamaño real.

Eudypetes chrysocome Gould. Muy abundante.

Spheniscus sp. Tan abundante como el anterior.

Moluscos

Patella sp. Es el elemento preponderante de esta capa del « conchal ».

Mytilus edulis L. En gran cantidad y bastante fracturados.

Mytilus chorus Mol. Bastante raro en comparación con los otros moluscos.

B. Por encima de la anterior se nota otra capa, de color amarillento, formada por arenas sumamente finas, iguales a las que se encuentran en el piso geológico de la parte superior de cabo Domingo, de donde seguramente provienen por desprendimientos ¹ conteniendo algunos raros moluscos fósiles rodados. Sería aventurado decidir la causa determinante de esos desprendimientos, hasta formar una capa de metros 0,15 a 0,35 en la extensión total del « conchal »; pero no puede haber duda sobre su origen, por la identidad de la composición petrográfica y de los restos fósiles (*Gibbula dubiosa* Ih.).

C. Esta capa es la más importante de todas y está constituida, en gran parte, por espinas y huesos de pescados, a los que acompañan huesos de lobos marinos, aves, valvas de moluscos, cáscaras de erizos y crustáceos. Esta capa se caracteriza, además, por la ausencia de la ganga terrosa que existe en las otras. Es de un espesor homogéneo de metros 1,25 y ocupa integralmente toda la extensión del « conchal ». A diferentes alturas y separados los unos de los otros, se ven algunos débiles depósitos cineríticos de color grisáceo los más, y algunos francamente negros.

He aquí la lista de animales que he podido reconocer :

Mamíferos

Lama huanacus (Mol.) Gray. Bastante abundante; no he comprobado la existencia de muchos huesos fracturados.

Otenomys fueguinus Phil. Sumamente abundante. Todos los huesos muy fragmentados.

Otaria jubata (Forster) Blainville. En relativa abundancia. En esta capa son más comunes los huesos de ejemplares adultos.

Arctocephalus australis (Zimm.) Allen. En muchísima menor cantidad que el anterior.

¹ Los desprendimientos son, aún hoy, frecuentes. La playa del cabo está llena de grandes bloques desprendidos que, en parte, se pulverizan con el golpe de la caída y, en parte, se disgregan por la acción de las olas y los agentes atmosféricos. A cabo Domingo se le asigna una altura de 78 metros (conf. Dirección de Hidrografía argentina, carta 28, *Fondeaderos*, etc. : *La Misión*).

Aves

Phalacrocorax sp. Es difícil encontrar huesos enteros. Siempre aparecen rotos.

Aptenodytes sp. Bastante raro.

Eudyptes chrysocome Gould. Es el más abundante de los tres géneros de pingüin representados en esta capa del « conchal ».

Spheniscus sp. Bastante raro.

Moluscos

Patella diaurata. Muy abundante.

Mytilus edulis L. Mucho más abundante que en la capa **A**.

Fissurella sp. En menor cantidad que las especies anteriores.

Trophon sp. En bastante cantidad, pero es difícil encontrar ejemplares enteros.

Crustáceos

Lithodes sp. Rara.

Equinodermos

Loxechinus albus (Mol.). Más abundante que la anterior. Siempre muy fragmentadas las cáscaras.

D. Residuos orgánicos idénticos a los anteriores, pero mezclados con mucha tierra — que, en la superficie, experimenta un proceso lento de humificación — forman esta capa de un espesor de metros 0,30 que cubre por completo todo el « conchal ».

ESTADO DEL MATERIAL. — El material de cáscaras de moluscos está, en gran parte, fragmentado, debido, cuando se trata de bivalvos, al esfuerzo producido para separar las valvas que, a veces, implicaba la ruptura de grandes porciones y, por lo común, haciendo saltar pequeñas decantilladuras en los bordes, en la región donde se introducía el instrumento que operaba como palanca (fig. 5).

Los vertebrados cuyos restos se encuentran en los « conchales » fueguinos corresponden por entero a los que forman los depósitos residuales similares del litoral patagónico. La lista de las especies es esencialmente la misma ¹.

¹ Debe exceptuarse el avestruz (*Rhea pennata* D'Orb, según me lo hace saber el doctor R. Dabbene) que, como se sabe, nunca ha sido elemento de la fauna fueguina.

Sin embargo, al tratarse de la fauna patagónica, Vinciguerra dice que es posible

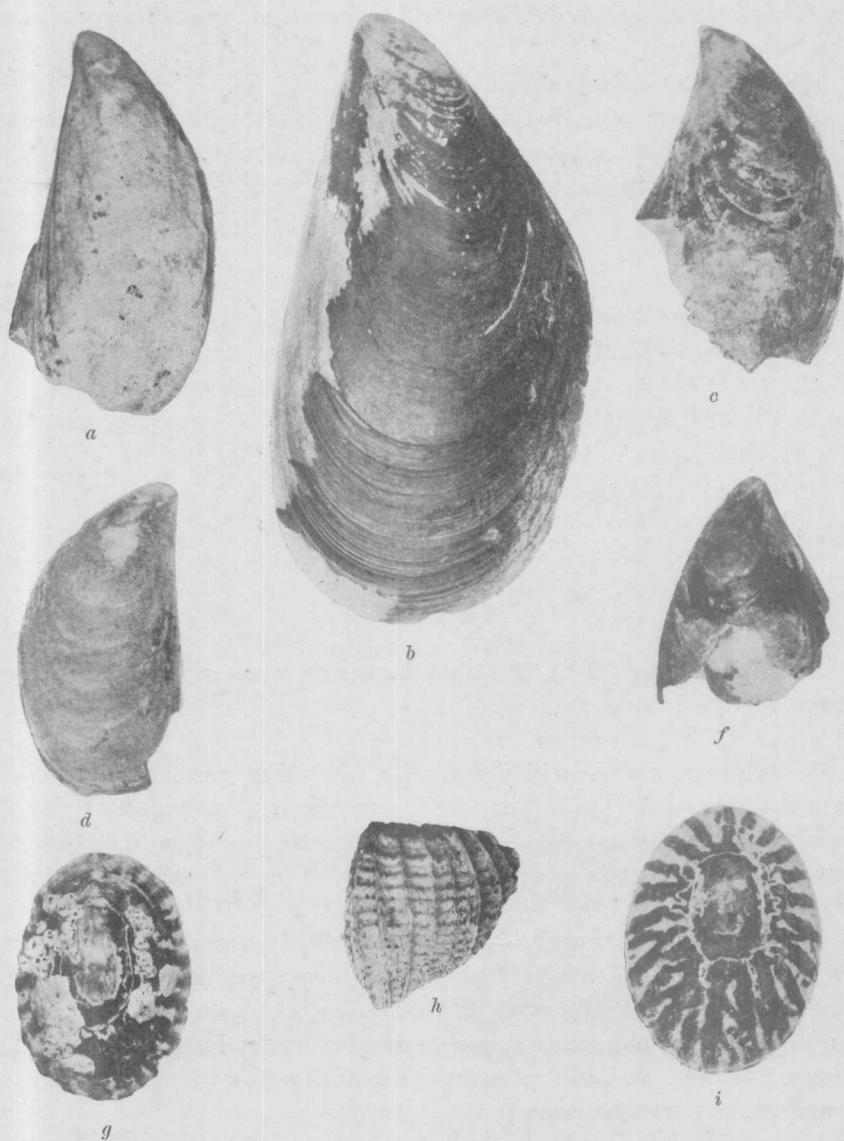


Fig. 5. — Estado en que se encuentran algunas valvas de moluscos que componen el « conchal »
a, b, c, d, f, Mytilus sp.; *g, i, Patella* sp.; *h, Trophon* sp.

Los huesos y fragmentos se hallan en buen estado de conservación, debido, seguramente, a que fueron prontamente cubiertos con nuevos residuos, escapando así a la obra de descomposición y disgregación de los agentes atmosféricos. Algunos, sin embargo, se encuentran fuertemente deteriorados, porque yacerían libremente expuestos a las inclemencias del medio.

La manera con que los huesos han sido tratados es la misma que se observa habitualmente entre las poblaciones indígenas: los hombres y los perros han dejado rastros de diversa naturaleza sobre muchos de ellos.

Los elementos que integran el « conchal » yacen sin orden y sin plan, sin discriminación de categoría o de peso.

Para terminar con la descripción de esos primitivos campamentos, debo añadir que en ninguno he observado algo que pudiera indicar la presencia de habitaciones fijas de cualquier género. El nomadismo de las tribus fueguinas por una parte, y el tipo de sus habitaciones, contribuyen a borrar todo rastro de su emplazamiento. Las habitaciones fueguinas, construídas con elementos de fácil transporte, se mudaban con las peregrinaciones de la tribu y hay que llegar al momento actual para verlos instalados en chozas estables ¹.

HÁBITO. — Con excepción de la capa **B** que, como he dicho, está constituída por arenas, en el resto del « conchal » abundan los instrumentos y restos industriales de los indígenas. Las más ricas son, sin duda, la **A** y **C**, pero sin alcanzar — en esta última — a la superficie.

Allí se encuentra, además de los verdaderos instrumentos, gran cantidad de lascas y esquirlas de las rocas empleadas para su confección y otros fragmentos indeterminables, sin utilidad alguna. Evidentemente, el taller se establecía en el mismo lugar que ocupaban como campamento, si bien la talla no se ha efectuado en todos los sitios, porque los deshechos, en estado de fragmentación sorprendente, se encuentran, como reunidos, en áreas muy reducidas.

que el avestruz petizo haya vivido en Tierra del Fuego, supuesto que basa en la vaga afirmación de otros autores (conf. D. VINCIGUERRA, *Sulla Fauna dell'America Australe*, en *Bolletino della Società Geografica Italiana*, XXI, 796, Roma, 1884). He consultado a nuestro experto ornitólogo, el doctor Roberto Dabbene, sobre la posibilidad de este hecho y me responde que ninguno de los autores clásicos de la avifauna fueguina menciona la presencia del avestruz, y que cree no ha existido en forma natural, lo que no excluye que, en los últimos tiempos, pueda haber sido introducido por algún estanciero (*Carta del doctor Roberto Dabbene al autor*, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1926).

¹ MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *El tipo de habitación actual de los indios onas de Tierra del Fuego*, en *Physis*, VIII, 363 y siguientes, Buenos Aires, 1926.

Entre tanto desperdicio no he encontrado ningún resto de alfarería, lo que no debe extrañar por cuanto, ni aun hoy, los fueguinos usan adinículos de esa especie ¹. Pero, de todas maneras, merece destacarse ese hecho, ya que en los « conchales » se han reconocido otros artefactos que desconocen los actuales indígenas pero que estuvieron en uso en tiempos más remotos.

En ninguno de los « conchales » observados, contrariamente a lo que ocurre en los de otras regiones de América ², he podido encontrar restos esqueléticos humanos, lo que se explica porque nunca existió entre esas tribus la práctica del canibalismo ³. Pero si faltan fragmentos humanos que puedan haberse utilizado como alimento, es posible, en cambio, encontrar esqueletos enteros que han sido sepultados en la masa del « conchal », lugar habitual a esta clase de ceremonias ⁴. Eso es lo que

¹ El desconocimiento de la industria alfarera por parte de los indios fueguinos es un hecho que todos los viajeros han comprobado. Conozco, sin embargo, una curiosa pieza de alfarería fueguina, a la que no atribuyo mayor importancia por ignorar la fecha en que se hizo. Trátase de una pipa existente en el Museo Regional « Mayorino Borgatello » (Punta Arenas), en cuyo catálogo figura con el número 21. El horno de la pipa es de barro cocido y la boquilla un cálamo de pluma de « kaikén » (*Chloëphaga hybrida* Mol.). Se atribuye su confección a una india alacaluf de la isla Dawson.

² [VINCENZO] GROSSI, *Antropofagia e sacrifici umani nell'America precolombiana*, en *Congrès international des Américanistes. Compte-rendu de la septième session*. Berlin, 1888, 366 y siguientes, Berlin, 1890.

³ Es sabido que las categóricas imputaciones de Darwin y Fitz-Roy sobre el canibalismo de los fueguinos (conf. ROBERT FITZ-ROY, *Proceedings of the second expedition 1831-1836*, en *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle, etc.*, II, 2, 183, 189, London, 1839; DARWIN, *Journal and remarks, etc.*, 214) han sido completamente desvirtuadas en tiempos más recientes por los viajeros que han estado en contacto más íntimo con los indígenas (conf. GIACOMO BOVE, *La spedizione antarctica*, en *Bolletino de la Società Geografica Italiana*, XX (segunda serie, VIII, 143, Roma, 1883; THOMAS BRIDGES, *El confín sur de la República: La Tierra del Fuego y sus habitantes*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, VII, 205 y siguientes, Buenos Aires, 1886; ANTONIO COJAZZI, *Gli Indii dell'arcipelago fueghino: Contributi al folk-lore e all'etnografia dovuti alle misioni salesiane*, 61, 110, Torino, 1911; CHARLES WELLINGTON FURLONG, *The Alaculoofs and Yahgans, the world's southernmost inhabitants*, en *Proceedings of the nineteenth international congress of Americanists*, 420 y siguientes, Washington, 1915; HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, 257 y siguientes; JOSÉ MARÍA BEAUVOIR, *Los Shellnam: Indígenas de la Tierra del Fuego*, 211, Buenos Aires, 1915; CARLOS R. GALLARDO, *Los Onas*, 176 y 321, Buenos Aires, 1910; MARTÍN GUSINDE, *Segundo viaje a la Tierra del Fuego*, en *Publicaciones del Museo de etnología y antropología de Chile*, 88, 154, Santiago de Chile, 1920; WILHELM KOPPERS, *Unter Feuerland-Indianern, Eine forschungsreise zu den südlichsten bewohnern der erde mit M. Gusinde*, 159, Stuttgart, 1924; JULIO POPPER, *Apuntes geográficos, etnológicos, estadísticos e industriales sobre la Tierra del Fuego*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, XII, 138, 141, Buenos Aires, 1891).

⁴ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, 379.

ha sucedido en el de Ushuaia de donde se han extraído dos esqueletos en buen estado de conservación. Probablemente estos restos han sido sepultados en época reciente ya que, según algunos ¹, en tiempos más remotos, los fueguinos acostumbraban a cremar los cadáveres.

Algunos de los instrumentos descubiertos muestran un verdadero pulido que contrasta con los restantes de una facies más arcaica. En la capa **A**, la más inferior, en donde priman los instrumentos más rudimentarios. El material utilizado es muy variado sin que exista una roca predominante.

En la capa **C**, en cambio, donde los restos industriales son más abundantes, se nota la preponderancia de ciertos materiales empleados en la confección de los instrumentos. Aquí el conjunto de los artefactos es más variado e importante. Por la abundancia de las piezas y variedad de las formas, parece corresponder este período a la época de mayor apogeo industrial.

Los instrumentos más toscos e imperfectos se encuentran en la capa superior **D**. En prueba de este aserto, baste observar las piedras de boleadora de esta época, en la que la simplificación del trabajo reduce la técnica a un mero esbozo: en los rodados que se eligieron, se han devastado ligeramente los vértices polares para facilitar la adhesión del ligamento que las sujeta.

EDAD. — De acuerdo con mi estimación de las dimensiones del « conchal », su volumen es de 5346 metros cúbicos. Descontando el espesor de la capa **B**, formada por desprendimientos, el volumen se reduciría a 4871 metros cúbicos.

El estado actual de la masa del « conchal », roto y fragmentado, no se presta a cálculos exactos; pero tomándolo tal como se halla, el peso específico es 1,3 con lo que el peso total se elevaría a 6.332.300 kilogramos.

En esta masa, las valvas de moluscos ocupan el 61,57 por ciento, con un peso total de 3.798.807,11 kilogramos.

Tomando como base de coeficiente de acumulación anual el obtenido para los *shellmounds* de América del Norte, ² es decir, calculando que el

¹ SPEGAZZINI, *Costumbres de los habitantes, etc.*, 168; FELIX F. OUTES, *Datos sobre la ergología y el idioma de los yámana de Wulaia (isla Navarino) reunidos por el misionero R. R. Rau, con anterioridad a 1866 y anotados por don Jorge Claraz, en Revista del Museo de La Plata, XXX, 56, Buenos Aires, 1926; HYADES et DENIKER, Mission scientifique, etc.*, 379; T. BRIDGES, *Moeurs et coutumes des Fuégiens, en Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris, troisieme série, VII, 176, Paris, 1884.*

² MAX UHLE, *The Emeryville Shellmound, en University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, VII, 10 y siguientes, Berkeley, 1907; N. C. NELSON, Shellmounds of the San Francisco Bay Region en University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, VII, 346 y siguientes, Berkeley,*

depósito es de 7071,74 kilogramos por año, el « conchal » del río Chico tendría una antigüedad de 537 años ¹. Esta cifra está de acuerdo con los antecedentes históricos referentes a las tribus fueguinas que, como es sabido, ya habitaban la región en una época aproximadamente contemporánea al descubrimiento.

Un resultado que concuerda tan perfectamente con nuestros conocimientos históricos es seguramente alentador; pero sería aventurado forjarse ilusiones acerca de su precisión ya que los cálculos adolecen de fundamental empirismo, porque carecemos de datos precisos sobre la composición íntima del « conchal », prácticas de las tribus que lo formaron y permanencia más o menos continua en el lugar.

La verdadera edad sólo se podría precisar cuando se efectúen estudios más completos, estableciendo comparaciones con otros de la misma índole. Sería necesario, también, una información más amplia sobre las costumbres de los indígenas a fines del siglo pasado, cuando aún vivían en estado salvaje.

CAPÍTULO II

El instrumental del « conchal » de río Chico

Como he expresado más arriba, el número de instrumentos líticos, provenientes de los « conchales » fueguinos, es muy pequeño, pero en su mayoría son ejemplares interesantes que revelan las modalidades propias de aquellos hombres primitivos.

La falta de un conjunto más numeroso me impide establecer una clasificación tipológica que estaría sujeta a múltiples modificaciones a medida que se repitan los hallazgos. Para ahorrar a los futuros descriptores la tarea de deshacer mi efímera construcción, me he ceñido a describir brevemente los artefactos más interesantes, relacionándolos, en lo posible, con los que se han encontrado en las regiones más cercanas de la Patagonia.

Pero antes quiero justificar la nomenclatura que utilizo, a fin de evi-

1910; EDWARD WINSLOW GIFFORD, *Composition of California Shellmounds* en *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, XII, 12 y siguientes, Berkeley, 1916.

¹ Los cálculos están hechos sobre la base de una permanencia continuada de 100 personas, lo que, si no es admisible por la vida nómada de los fueguinos, compensa, en cambio, cualquier aumento en el número de la tribu. La cifra es la que se obtuvo, de acuerdo con su vida y costumbres, para los indios de California, constructores insconscientes de los *shellmounds* de aquellas regiones que, en tantos aspectos, pueden equipararse a nuestros « conchales ».

tar confusiones y expresar, al mismo tiempo, toda la importancia que se debe atribuir a este punto al parecer secundario.

De un tiempo a esta parte han aparecido algunos ensayos tendentes a fijar las relaciones arqueológicas y etnográficas de los pueblos americanos con respecto a los habitantes de otras regiones de la tierra. A mi sentir, estos ensayos son prematuros porque aún estamos muy distantes de poseer una visión completa de las variadas y múltiples manifestaciones de las culturas primitivas, particularmente en sus formas más rudimentarias y simples. Esta simpleza, por los demás, no responde a una cualidad intrínseca de esas culturas, sino que refleja lo superficial de nuestros conocimientos. Así, por ejemplo, la existencia de estos instrumentos que aquí describo era, en gran parte, más que desconocida insospechada entre las tribus fueguinas, a las que se consideró siempre pobrísimas, poseedoras de muy contadas formas que realizaban de un modo asaz imperfecto.

Además, las correlaciones que se establecen sobre la base de un conocimiento fragmentario y que se consideran a manera de hilo conductor para individualizar las diversas migraciones que poblaron el continente americano, entrañan generalmente un doble error que falsea todas las conclusiones. Ante todo, se cree que la igualdad de nombre con que se designan algunos elementos utilizados en América implica, también, la igualdad de esos mismos elementos con los homónimos de otros continentes, cuando, en realidad, son cosas bien distintas en su forma o en su técnica o en su empleo.

El segundo error, opuesto al precedente, es el de no asimilar instrumentos o costumbres idénticas, sólo porque en América se designan con nombre distinto al que se acostumbra en otras regiones.

De donde resulta que, mientras por una parte, bajo la influencia del nombre común, se establecen relaciones que nunca existieron o, cuando menos, son problemáticas, por otra, despistados por un vocablo diferente, pasan desapercibidos vínculos indudables de unión entre ciertos pueblos.

En América se ha creado una verdadera nomenclatura arqueológica al margen de la existente y, lo que es peor, muchos elementos bien fijos y conocidos en el acervo instrumental europeo, reciben aquí una denominación distinta y frecuentemente igual a la que los especialistas de allá emplean para designar otro tipo diferente. De ahí una serie de equívocos que es necesario salvar a fuerza de aclaraciones.

Fácil es imaginar los inconvenientes que se derivan de esa falsa nomenclatura. Concretando la cuestión al problema de fijar las influencias culturales, esos cambios arbitrarios de nombre desorientan por completo al investigador. La similitud de los nombres engendra la creencia en la igualdad de los objetos y, no obstante la disparidad de las formas,

no alcanza a sospechar se trate de cosas diferentes, debiéndose recurrir a las más extravagantes explicaciones para casar cantidades tan heterogéneas.

Y, como por otra parte, no veo ninguna ventaja que compense los inconvenientes de una nomenclatura especial para la arqueología americana, he adoptado en todo lo posible la que se emplea en los tratados de prehistoria europea, con lo cual creo facilitar a los etnólogos la tarea de establecer las relaciones o discordancias existentes. Por regla general, utilizo la nomenclatura propuesta por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas de Madrid ¹. Si, en algún caso, me separo de ella será en razón de una dificultad insalvable de la que dejo expresa constancia.

CAPA A

LÁMINAS. — Correspondientes a esta capa sólo poseo una lámina, pero perfectamente caracterizada.

Es de sección triangular (fig. 6), sin plano ni conchoide de percusión, pero con manifiestas señales de uso en el borde cortante. Sus dimensiones son : 88 milímetros de longitud y 54 milímetros en su anchura máxima.



Fig. 6. — Lámina. $\frac{3}{4}$ del natural

LASCAS. — Poseo cinco del tipo que en Europa se conoce con el nombre de Levallois, si bien cada una ofrece variaciones morfológicas precisas.



Fig. 7. — Lasca. $\frac{2}{3}$ del natural

Esta lasca (fig. 7) es de cara inferior plana y conserva aún el bulbo. El plano de percusión ha sido suprimido en su casi totalidad. El borde derecho ha experimentado un ligero retoque y guarda rastros de su utilización. También el borde adyacente al ápice ha sido acomodado mediante retoques.

Mide 77 milímetros en su longitud máxima y 60 milímetros de ancho.

¹ *Nomenclatura de voces técnicas e instrumentos típicos del paleolítico.* Junta de ampliación de estudios e investigaciones científicas. *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.* Memoria número 10, Madrid, 1916.

Este ejemplar (fig. 8) es de aspecto tosco. Subsisten una parte del plano y del concoide. La mayor parte de aquél, sin embargo, ha sido eli-

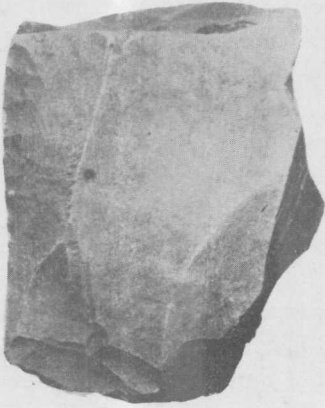


Fig. 8. — Lasca. Tamaño natural



Fig. 9. — Lasca. Tamaño natural

minada por esquirlamientos posteriores. Uno solo de los bordes ha sido finamente tallado.

Longitud, 54 milímetros; ancho, 35 milímetros.

Muestra un conjunto (fig. 9) más delicado que el ejemplar anterior. Subsiste una parte del bulbo mientras que el plano de percusión ha sido suprimido casi por completo por esquirlamientos de la parte superior. Carece de ápice que ha sido truncado. El retoque se ha efectuado en ambos bordes a expensas de un solo plano y siguiendo una orientación casi vertical a la cara.

Mide 64 milímetros de longitud y 44 milímetros de ancho.



Fig. 11. — Lasca. $\frac{2}{3}$ del natural



Fig. 10. — Lasca. $\frac{2}{3}$ del natural

Son las más extraordinarias de las lascas por su grosera morfología (figs. 10 y 11). Son, más bien, un esbozo, interrumpidos al iniciarse su fabricación.

La cara inferior es ligeramente convexa; bulbo muy pronunciado.

Uno de los bordes muestra la corteza natural de la roca y el otro presenta un somero retoque por percusión.

Longitud, 129 milímetros y 89 milímetros, ancho: 63 milímetros y 47 milímetros.

Estas lascas, tan comunes en los yacimientos europeos ¹, no habían sido señaladas hasta ahora en Patagonia.

HACHA DE MANO. — Es de un aspecto sumamente tosco y recuerda la morfología de las grandes hachas de mano del achelense europeo ².

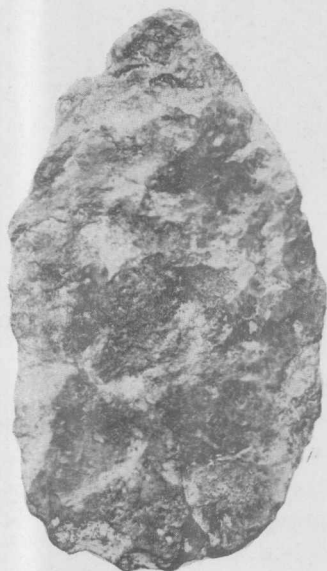


Fig. 12.—Hacha de mano. $\frac{2}{3}$ del natural

La forma, aproximadamente amigdaloides (fig. 12), se ha obtenido mediante un tallado grosero que apenas ha devastado el instrumento. Carece de plano de percusión que ha sido eliminado por el trabajo de acomodación. La cara inferior es convexa y cóncava la superior. En el borde cortante existen señales de un uso intenso.

La piedra está fuertemente patinada, con un bello color amarillo-verdoso en la cara superior que se transforma en amarillo-ocráceo en la inferior.

Mide 113 milímetros de longitud y 64 milímetros de ancho.

En los depósitos considerados paleolíticos de Patagonia, tales como punta Observación ³, cañadón Seco ⁴, etc., se han encontrado algunos ejemplares de formas parecidas a esta hacha de mano.

PIEDRA DE BOLEADORA. — Este instrumento es de aspecto sumamente grosero (fig. 13). La superficie muestra las escabrosidades propias

¹ HENRI MARTIN, *Recherches sur l'évolution du moustérien dans le gisement de la Quina (Charente)*, II, *Industrie lithique*, lámina 1, figura 4; lámina 2, figura 3; lámina 3, figura 4; lámina 3, figuras 3, 6, Angoulême, 1923; V. COMMONT, *Les hommes contemporains du renne dans la vallée de la Somme*, en *Mémoires de la Société des Antiquaires de Picardie*, XXXVII, quatrième série, VII, 280, figura 18, Paris-Amiens, 1914; R. R. SCHMIDT, E. KOKEN, y A. SCHLIZ, *Die diluviale Vorzeit Deutschlands*, lámina IV, figura 3, Stuttgart, 1912.

² *Nomenclatura de voces*, etc., figura 8.

³ FÉLIX F. OUTES, *La edad de la piedra en Patagonia*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, XII, tercera serie, V, figura 10, Buenos Aires, 1905.

⁴ OUTES, *La edad*, etc., figura 18.

de la roca que no se ha intentado pulir. El surco meridiano ¹ está apenas esbozado en algunas partes y, en otras, se ha trabajado en forma irregular. Este sólido no es simétrico como aparenta en la fotografía

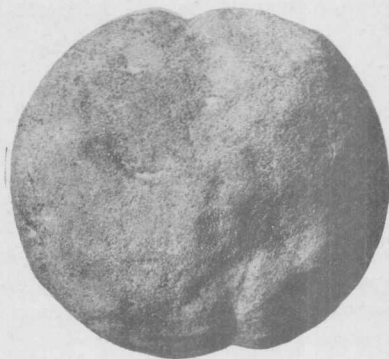


Fig. 13. — Piedra de boleadora. $\frac{2}{3}$ del natural

donde aparece elipsoidal casi perfecto; en un sector existe una fuerte depresión que da a ese perfil una forma ovoide.

Medidas : diámetro de longitud, 67 milímetros; diámetro de altura, 71

¹ Hace algunos años, en una pequeña publicación, insinué la conveniencia de uniformar la nomenclatura empleada en la descripción de estas piezas, sugiriendo, al mismo tiempo, una sencilla manera para establecer su orientación (conf. MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Contribución al estudio de la litotecnia Chapadmalense*, en *Physis*, VI, 242 nota, Buenos Aires, 1922 [1923]). Manifesté, entonces, que no siendo las piedras de boleadoras esferas perfectas, convenía prescindir del término «hemisferios», capaz de inducir a error respecto a la forma del sólido. Propuse en lugar de esa palabra que implica una forma bien determinada, se adoptase la de «superficies principales» que no entrañan sugestión morfológica alguna. Olvidéme añadir que consideraba como «superficie secundaria» a la otra que podía presentar el instrumento, es decir, a la del surco.

Propuse, además, que para las piedras con surco se dieran las siguientes medidas : diámetro de longitud; diámetro de altura; diámetro de profundidad (condicional); ancho del surco (condicional); profundidad del surco (condicional).

Y decía que estas medidas también podían emplearse para las piedras sin surco. Tratándose, en efecto, de datos que debían figurar en forma de cuadro, el lector inteligente entendería que una raya en la casilla correspondiente bastaba para expresar la ausencia de ese elemento.

Por último, indiqué que en las piedras con surco, éste no responde a otra finalidad que la de sujetar el ligamento y que, la posición péndula resultante, indicaba la orientación uniforme de esas piedras.

De modo, pues, que mi sugestión implicaba dos temas diferentes : a) Nomenclatura y descripción morfológica ; b) Orientación.

El señor profesor Félix F. Outes ha tenido la suma gentileza de considerar mi proposición a la que formula diversas objeciones que le impiden aceptarla.

Lamento, muy de veras, que por deficiencia de expresión, mi pensamiento no ha-

milímetros; diámetro de profundidad, 67 milímetros; ancho del surco, 8 milímetros; profundidad del surco, 2 milímetros. Peso, 510 gramos.

La presencia más o menos remota de piedras de boleadoras en Patagonia es un problema que inevitablemente surge en las contribuciones arqueológicas y que, no obstante los múltiples estudios que ha mereci-

ya sido lo debidamente claro, prestándose a confusiones. Sólo así pudo atribuirme la intención de dar « a un carácter secundario [el surco] un valor que en ningún caso puede tener; prescindiendo, en cambio, de la forma, cuya permanencia es, justamente, la que especifica esa clase de proyectiles primitivos » (JOAQUÍN FRENGUELLI y FÉLIX F. OUTES, *Posición estratigráfica y antigüedad relativa de los restos de industria humana hallados en Miramar*, en *Physis*, VII, 295, nota, Buenos Aires, 1923-1925 [1924]). Es un concepto que reiteradamente me atribuye, pues añade que « de esas formas esenciales, cuyo valor diagnóstico salta a la vista, no puede prescindirse: ni pueden, tampoco, relegarse a segundo plano, sea cual fuere el dispositivo adoptado al objeto para facilitar su uso ».

Nada tengo que objetar a esas consideraciones que coinciden, en un todo, con mi pensamiento, tal vez obscuramente expresado. Y, para fijar mejor cuál era mi intención, baste recordar que, en el caso concreto que motivó mi nota anterior, prescindiendo del surco, la descripción morfológica se concreta a indicar que « las superficies principales determinan una forma deliberadamente parabólica » (VIGNATI, *Contribución al estudio*, etc., 242). En cambio, mi referencia al surco, va en lo que puedo llamar « acápite » de « orientación ».

Más claro todavía: creo que las formas de la piedra son las únicas que establecen su morfología. Y así salvada esa primera discrepancia, voy a considerar el resto de la argumentación del señor profesor Outes, la que no puedo aceptar.

Refiriéndose a los surcos que, a su juicio, pueden ser indistintamente meridianos o ecuatoriales, dice que « cuando a una « bola » la forman dos paraboloides de revolución con el mismo eje, el surco meridiano es el que pasa por aquél, y si ese surco estuviera en las condiciones del que ofrece la pieza hallada por nosotros y la que describe el señor Vignati en el estudio aludido, se trata, simplemente, de un surco transversal; como sería ecuatorial si se hallara en el mismo centro » (OUTES, *Posición estratigráfica*, etc., 295).

Por de pronto, me parece exagerado tecnicismo atribuir al aborigen un propósito deliberado de construir su piedra de boleadora de acuerdo con las reglas y fórmulas de la geometría espacial. Pero, aun mismo, considerándolas con ese criterio subjetivo ¿por qué las parábolas o elipses de revolución habrían de orientarse normalmente a un sistema de coordenadas ortogonales? Bastaría referir las líneas generatrices a un sistema de coordenadas cartesianas para variar su orientación sin alterar su forma... El eje de revolución de un sólido puede tener un número infinito de posiciones en el espacio.

Es, precisamente, en consideración a todas esas posibilidades, que propuse la orientación de estas piezas según la posición resultante de su finalidad, es decir, de acuerdo con el surco, en su carácter secundario de dispositivo para adaptar su uso. Tal orientación, aunque la más lógica, no la propuse porque así debiera ser, sino como una simple convención, pues si la piedra tuviera una orientación propia y natural, sería superfluo insinuar cualquier otra. Todas estas clasificaciones humanas son artificiales, adoptadas por conveniencia, al sólo objeto de simplificar lo complejo. En biología, la representación de los elementos es arbitraria y convencional. Así también en mi proposición, no debe buscarse un trasunto de la realidad, sino el que

do ¹, creo que aún permanece sin solución. El investigador tropieza con la discrepancia de los antecedentes bibliográficos por un lado a los que es imposible acomodar los hechos que ha comprobado sobre el terreno. Éstos parecen indicar que esa arma es tan antigua como la misma presencia del hombre en Patagonia; en tanto que, a estar a los relatos de los viajeros, su introducción no se alejaría mucho de los tiempos más recientes.

En efecto, la más antigua mención de « boleadoras » para el territorio magallánico corresponde a Oliverio van Noort que, en 1598, se refiere a ellas con relación a la bahía Mauricio en la isla Desolación ². Pero la vaguedad de la referencia no satisface a los comentaristas ³ que no alcanzan a interpretar claramente este pasaje, cuyo verdadero significado es dudoso.

Desde entonces, hasta mediados del siglo pasado, ninguno de los viajeros del lejano sur vuelve a mencionar las boleadoras. Fitz Roy es el primero que vuelve a citarlas ⁴, aunque no precisa la localidad del hallazgo. Se cree, sin embargo, que corresponda al golfo de Peñas, sobre

facilita la descripción de los interesantes proyectiles usados por las tribus aborígenes.

Sin embargo, las observaciones del señor profesor Outes no me han sido exclusivamente negativas. En atención a ellas he ampliado mi anterior clasificación racional de las piedras de boleadoras, dividiéndolas, por su forma, en dos grupos: a) sólidos de revolución; b) sólidos irregulares.

Los primeros sólo tienen dos diámetros y pueden subdividirse según las curvas que los han engendrado: semicircunferencia, parábola, elipse, etc. Al segundo grupo pertenecen las piedras de tres diámetros distintos porque no responden a la concepción geométrica de un sólido de revolución.

¹ OUTES, *La edad*, etc., 526 y siguientes; FÉLIX F. OUTES, *La gruta sepulcral del cerrito de las Calaveras*, en *Anales del Museo nacional de Historia natural de Buenos Aires*, XXVII, 388 y siguientes, Buenos Aires, 1915; R. LEHMANN-NITSCHE, *Costumbres nacionales. El origen de las boleadoras y del lazo*, en *La Unión*, números 1155 y 1156, julio 31 y agosto 1º, Buenos Aires, 1918; MARTINIANO LEGUIZAMÓN, *Etnografía del Plata. El origen de las boleadoras y del lazo*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLI, 213 y siguientes, Buenos Aires, 1919; LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la península San Blas (provincia de Buenos Aires)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVI, tercera serie, II, 507 y siguientes, Buenos Aires, 1922; MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Los restos de industria humana de Miramar*, 31, nota, Buenos Aires, 1918.

² OLIVIER VAN NOORT, *Beschryvinghe vande vogagie om den geheelen werelt cloot ghe-daen door... van Utrecht... om te gaen door de strate Magellanes*, 27, Rotterdam, 1601.

³ COOPER, *Analytical and critical bibliography*, etc., 215; GEORG FRIEDERICE, *Ein Beitrag zur Kenntnis der Trutzwaffen der Indonesier, Südseevölker und Indianer*, en *Baessler-Archiv. Beiträge zur Völkerkunde, herausgegeben aus Mitteln des Baessler-Instituts*, VII, 13, 66 y siguiente, Leipzig-Berlin, 1915.

⁴ FITZ-ROY, *Proceedings*, etc., II, 186.

el océano Pacífico ¹, que es también el lugar a que debe referirse la cita de Skottsberg ².

Para el territorio que poblaron los onas, la presencia de « bolas » ha sido señalada por Colini ³, si bien no aduce una comprobación personal; en forma imprecisa y vaga, también las citan Giglioli ⁴, Nordenskiöld ⁵ y C. Gallardo ⁶; sólo en los padres salesianos Cojazzi ⁷ y Beauvoir ⁸, se encuentra un testimonio claro y terminante del empleo continuo de esta arma.

Pero si los viajeros anteriores no han mencionado el empleo de boleadoras por los indios de Tierra del Fuego, creo que antes se deba interpretar como falta de observación o negligencia por un hecho demasiado común. Sería, en efecto, inconcebible que los indígenas, cuya relaciones con la Patagonia son indubitables, recién las hubiesen adoptado cuando, precisamente, la intromisión de la ganadería racional las hacía innecesarias y las armas del hombre blanco, más eficaces, se vulgarizaban.

De modo, pues, que a guiarnos por esos antecedentes bibliográficos, la introducción del uso de boleadoras en territorio fueguino debería fecharse en las postrimerías del siglo XIX. ¿Cómo explicar, entonces, la presencia de estas piedras en la capa inferior del « conchal » y las subsiguientes **C** y **D**? ¿Acaso estarían equivocados los cálculos sobre el proceso de formación del « conchal » y no habría que atribuirle una antigüedad mayor de 30 años? Si así fuera, quedaría por explicar la variación morfológica de todo el instrumental considerado, que en el breve espacio de unos años que supondría cada piso, presenta un tipo característico.

¹ COOPER, *Analytical and critical bibliography*, etc., 216.

² CARL SKOTTSBERG, *Einige Beobachtungen über die Eingeborenen Westpatagoniens nach Studien während der schwedischen Expedition 1907-1909*, en *Ymer*, XXX, 271, Stockholm, 1919; COOPER, *Analytical and critical bibliography*, etc., 216.

³ G. A. COLINI, *Cronaca del museo preistorico-etnografico*, en *Bolletino della Società geografica italiana*, XXI, segunda serie, IX, 158, nota 2, Roma, 1884. En cambio Lovisato que proporcionó, en gran parte, el material descrito por Colini, ha rectificado la apreciación de éste respecto al uso de boleadoras entre los onas (conf. DOMENICO LOVISATO, *Sulla collezione etnografica della Terra del Fuoco illustrata dal dott. Colini*, en *Bollettino della Società Geografica italiana*, XXI, segunda serie, IX, 721, Roma, 1884).

⁴ ENRICO HILLYER GIGLIOLI, *Materiali per lo studio della « età della pietra » dai tempi preistorici all'epoca attuale*, en *Archivio per l'antropologia e l'etnologia*, XXXI, 262, Firenze, 1901.

⁵ ERLAND NORDENSKIÖLD, *Une contribution à la connaissance de l'anthropogeographie de l'Amérique*, en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, nouvelle série, IX, 21, Paris, 1912.

⁶ C. GALLARDO, *Los onas*, etc., 310.

⁷ COJAZZI, *Gli indii*, etc., 124.

⁸ BEAUVOIR, *Los Shelknam*, etc., 203 y siguiente.

A estas incompatibilidades da lugar el error de método muy común y perjudicial de la arqueología argentina que subordina el valor de un hallazgo al antecedente bibliográfico. Reaccionando contra ese prejuicio que oscurece la visión clara de la realidad, estimo que merece absoluta fe el hecho que se puede comprobar y que la insuficiencia de la prueba documental no puede hacer variar la significación de un hallazgo. El testimonio de los viajeros se puede y se debe usar como elemento corroborante, pero su carencia no importa una negación. Anteponer la erudición bibliográfica al examen de los objetos y las circunstancias de su hallazgo equivale, empleando la expresión vulgar, a atar la carreta delante de los bueyes. No se debe confundir arqueología con exhibición de papeles viejos.

CAPA C

RASPADOR. — Es un instrumento macizo, de forma alargada y provisto de dos puntas (fig. 14). El espesor del talón ha quedado disminuído por la separación de grandes esquirlas, tendentes a eliminar el bulbo demasiado prominente. Este trabajo es más pronunciado en la cara inferior. Ésta es convexa, no obstante las pequeñas concavidades parciales que en ella existen. La cara superior ha sido cuidadosamente tallada en todo el largo del borde activo, mientras que el opuesto, que es el de prehensión, ha sido ligeramente acomodado.

Longitud, 91 milímetros; ancho, 46 milímetros.

Morfológicamente, pertenece a uno de los más difundidos tipos de raspador moustierense, encontrándose en numerosas estaciones europeas ¹.

LÁMINA RASPADOR. — El raspador se ha construído sobre la extremidad de una lámina (fig. 15). La cara inferior es plana y mantiene un gran bulbo. Así en el borde apical como en los laterales existen notables retoques de tipo aurignacense.

Longitud, 59 milímetros; ancho, 29 milímetros.



Fig. 14. — Raspador. Tamaño natural

¹ COMMONT, *Les hommes*, etc., figura 53, 1; MARTIN, *Recherches sur l'évolution*, etc., lámina 2, figura 2.

Esta combinación de lámina y raspador es frecuente y característica en los yacimientos europeos de la época aurignacense¹: también se han encontrado algunas en Patagonia², pero no son abundantes.



Fig. 15. — Lámina raspador
Tamaño natural

Este ejemplar de punta raspador (fig. 16) es de forma oblonga. La cara inferior es plana, aunque muy alabeada. Carece de bulbo. En toda su periferia existen evidentes señales de tallado, más prolijo en las extremidades, una de las cuales ha sido redondeada y transformada en un

perfecto raspador, mientras la otra ha sido aguzada mediante un retoque muy delicado.

Longitud, 78 milímetros; ancho, 41 milímetros.

Este otro ejemplar es de forma aproximadamente trapezoidal (fig. 17). La cara inferior es plana y carece de bulbo que ha desaparecido por el desprendimiento de una gran lasca que la abarca casi íntegramente. Se mantiene una parte del plano de percusión. Excepto en la base, se nota el trabajo de talla en toda la periferia. La punta está bien delineada.

Uno de los bordes laterales se ha tallado sobre la cara inferior, formando lo que se ha llamado retoque marginal alterno sobre caras opuestas³.



Fig. 16. — Punta raspador
Tamaño natural

¹ EUGENE PITTARD et RAOUL MONTANDON, *L'outillage de la station aurignacienne «Les Rebieres II» (Station Durand-Ruel)*, en *Congrès international d'anthropologie et d'archéologie préhistoriques. Compte rendu de la XIV^e session, Genève, 1912*, I, figura 12, 1, Genève, 1913; COMMONT, *Les hommes contemporains*, etc., figura 102, 4.

² R. VERNEAU, *Les anciens patagons. Contribution à l'étude des races précolombiennes de l'Amérique du sud*, lámina XI, figura 9, Monaco, 1903; OUTES, *La edad*, etc., figura 50.

³ MARTIN, *Recherches sur l'évolution*, etc., 108 y siguientes.

El detalle más interesante de esta pieza es la superposición de retoques. En la punta y en el borde lateral derecho existen tres planos perfectamente determinados. Puede creerse que, embotado el filo primitivo, se trató de renovarlo haciendo saltar esquirlas que lo afilaran. Se trataría, entonces, de un instrumento intensamente utilizado, ya que por tres veces consecutivas se le ha sometido a ese proceso, como lo demuestran las tres gradas sucesivas de esquirlas. Las más grandes, que son las que corresponden al primer retoque, son las que forman menor ángulo con la superficie de la piedra. El segundo plano está constituido por esquirlas más pequeñas, pero de mayor ángulo; la tercera grada es apenas marginal y, por tanto, el ángulo resultante es casi recto.



Fig. 17. — Punta raspador
Tamaño natural

RAEDERA. — Es una pieza nucleiforme (fig. 18), de cara inferior casi plana y con solo algunos retoques de acomodación en los bordes.



Fig. 18. — Raedera. Tamaño natural

En la región anterior el borde es cóncavo y constituye el punto de partida de todo el tallado, obtenido por el desprendimiento de anchas y largas laminillas. Se ha originado así un plano inclinado de 60° aproximadamente, más sensible en el borde lateral izquierdo, donde la inclinación llega a los 45° . La parte anterior es alta de 29 milímetros, decreciendo, también en plano inclinado, hacia la punta inferior. El trabajo de talla es más perfecto en el borde izquierdo y en la punta, mientras que en el borde derecho sólo se notan algunos leves retoques de acomodación. El bulbo de percusión ha

tan algunos leves retoques de acomodación. El bulbo de percusión ha

desaparecido. En la cara superior existe una parte de la corteza natural del núcleo.

Longitud, 93 milímetros; ancho, 64 milímetros.

Piezas similares a ésta se encuentran en el moustierense superior de algunas estaciones francesas¹. En Tierra del Fuego y Patagonia no habían sido señaladas.



Fig. 19. — Punta doble
Tamaño natural

PUNTA DOBLE. — Es una pieza inconclusa (fig. 19), suspendida en estado de fabricación. Está tallada en todo el contorno y en ambas caras. De éstas, la superior es convexa y plana la inferior. El trabajo parece más concluído en ambas puntas.

Longitud, 67 milímetros; ancho, 28 milímetros.

En los territorios magallánicos y patagónicos es desconocido este tipo de punta doble.

CUCHILLO. —

Es una hermosa pieza de forma triangular (figura 20), un tanto imperfecta en los

bordes laterales y de base sumamente cóncava. El plano de percusión ha sido eliminado. Ambas caras son ligeramente convexas. Ha sido trabajado en toda la periferia, pero mientras en el borde derecho el trabajo es somero, tan sólo lo necesario para obtener la forma deseada, en el izquierdo el tallado es esmerado y perfecto, y en la base y en la punta se reduce a simples retoques.

Longitud, 98 milímetros; ancho máximo, 51 milímetros; espesor: 9 milímetros.

No conozco piezas semejantes a éstas provenientes de Tierra del Fuego. En Patagonia, en cambio, se han señalado algunos «cuchillos»² que, aunque no

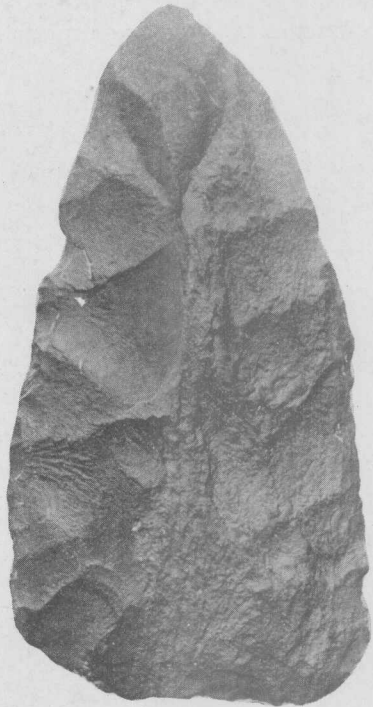


Fig. 20. — Cuchillo. Tamaño natural

¹ MARTIN, *Recherches sur l'évolution*, etc., lámina 23, figuras 6, 9 y 10.

² VERNEAU, *Les anciens patagons*, etc., lámina XI, figura 6; OUTES, *La edad*, etc., figura 75.

corresponden con exactitud a la morfología de éste, pueden considerarse dentro del tipo.

HACHA DISCOIDE. — Es un ejemplar magnífico y, hasta ahora, único. Lo designo con el nombre de «hacha de mano» ateniéndome a la in-

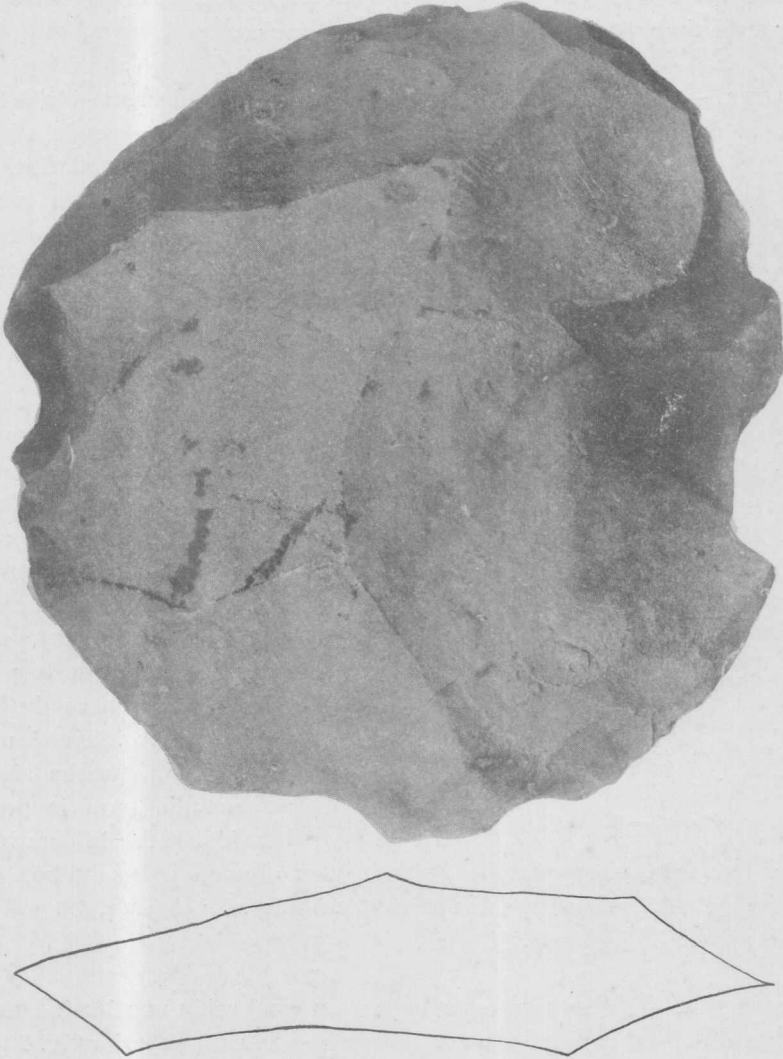


Fig. 21. — Hacha discoide. $\frac{2}{3}$ del natural

terpretación más racional que se me ocurre (fig. 21). La forma es aproximadamente circular.

Las dos superficies circulares han sido talladas por el desprendimiento de grandes lascas. Las facetas resultantes son poco cóncavas y las aris-

tas que las separan poco elevadas. El borde activo, después del grosero trabajo inicial, ha experimentado un trabajo más preciso de pequeñas percusiones y compresiones efectuadas principalmente sobre el mismo borde tanto en una como en otra cara.

No existen vestigios del plano ni del bulbo de percusión.

Diámetro mayor, 167 milímetros; diámetro menor, 151 milímetros; espesor máximo, 38 milímetros; peso 1050 gramos.

HACHA. — También éste (fig. 22) es un instrumento desconocido dentro de la arqueología argentina. El nombre que le doy responde a los caracteres de similitud que ofrece con otras piezas de las estaciones europeas¹; si bien su aplicación sea dudosa todavía.

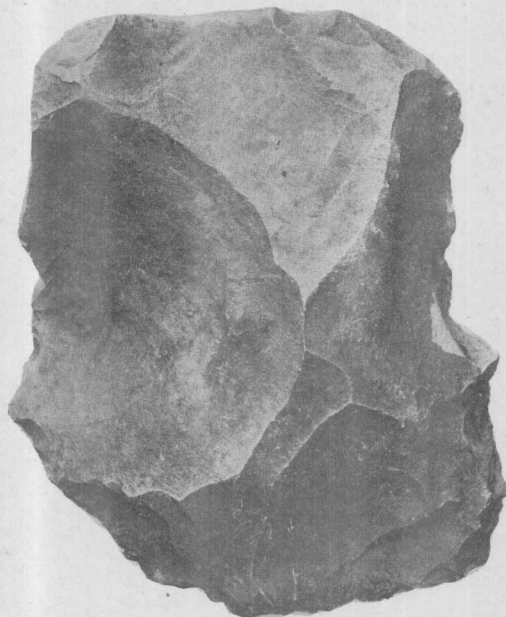


Fig. 22. — Hacha. $\frac{2}{3}$ del natural

Es un instrumento de factura un tanto tosca. Ambas superficies son convexas. No se conserva el plano ni el bulbo de percusión. Primeramente fué tallada a grandes lascas en ambas caras, más prolijamente en la superficie, y luego más finamente en la casi totalidad de la periferia, a expensas de la cara superior. Tiene un espeso talón, que ha sido acomodado, para la prehensión, sobre la cara inferior.

Las señales de uso son evidentes en algunas zonas del borde.

Longitud, 117 milímetros; ancho, 93 milímetros; espesor, 36 milímetros; peso, 385 gramos.

PERCUTOR. — Se ha aprovechado para su confección una lámina natural de arenisca, cuya corteza se observa en la cara superior (fig. 23). En la inferior se notan dos regiones diferentes. La parte superior conserva la superficie relativamente alisada que tuvo el instrumento cuando se le confeccionó. Habiéndose posteriormente quebrado en sentido transversal, en la parte inferior se ha desprendido una capa de 10 milímetros

¹ COMMONT, *Les hommes contemporains*, etc., figura 35.

de espesor, que por la naturaleza de la roca determina una zona muy escabrosa.

En su conjunto, tiene la forma de un largo triángulo de vértices re-

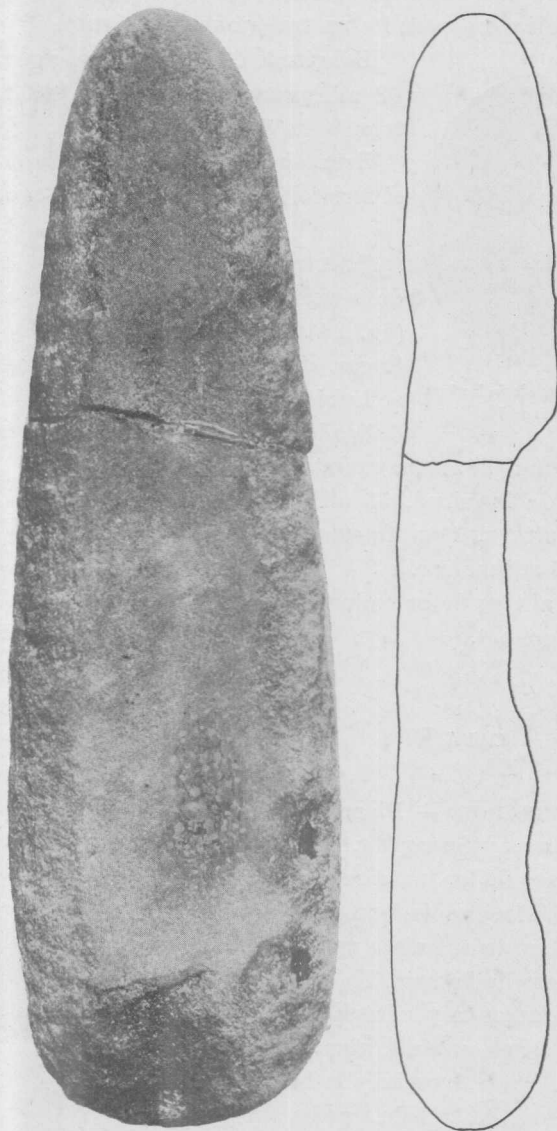


Fig. 23. — Percutor. $\frac{2}{3}$ del natural

dondeados. Su espesor es bastante homogéneo: 28 milímetros junto al vértice y 32 milímetros en la base. La forma se ha obtenido mediante un delicado trabajo de percusión que hizo saltar pequeños fragmentos de roca a expensas de ambas superficies, por lo que los bordes ligeramente

redondeados, forman una especie de media caña que une ambas superficies. Esa curvatura del borde se nota igualmente en el vértice y en la base. Si se ha utilizado como percutor, según creo, para fragmentar huesos y otros cuerpos, éstos no debían ser muy duros, ya que la escasa solidez del material no permite un trabajo muy violento.

Longitud, 228 milímetros; ancho máximo, 67 milímetros; espesor, de 28 a 32 milímetros; peso 820 gramos.

Esta clase de instrumentos es nueva para el territorio fueguino y la Patagonia.

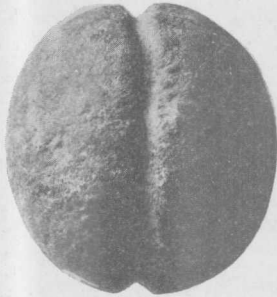


Fig. 24. — Piedra de boleadora
 $\frac{2}{3}$ del natural

PIEDRA DE BOLEADORA. — Es un sólido de revolución engendrado por una parábola (fig. 24). Toda la piedra ha sido pulida, sin llegar, sin embargo, al lustre que, fácilmente, se hubiera obtenido mediante un trabajo más delicado. Está provista de surco, bastante

regular en cuanto al ancho y profundidad.

Diámetro de longitud, 58 milímetros; diámetro de altura, 66 milímetros; ancho del surco, 5,5 milímetros.

Pertenece al tipo de boleadora más común en Patagonia¹.

CAPA D

PUNTA RASPADOR. — Pieza interesante por su factura y forma (fig. 25), que en nada desmerece de los instrumentos similares de los clásicos yacimientos europeos.

En la cara superior existe una gran zona de la corteza de la roca. La arista dorsal está bien marcada y sobresaliente. La cara inferior es, en general, plana, con la excepción del borde derecho y la base que han sido tallados. El tallado, que ha suprimido el plano de percusión, se ha realizado mediante el desprendimiento de una gran lasca triangular en la cara superior, y de pequeñas esquirlas en la inferior, no llegándose a eliminar por completo el bulbo.



Fig. 25. — Punta raspador
Tamaño natural

¹ VERNEAU, *Les anciens patagons*, etc., lámina XIII, figuras 5, 9 y 12; OUTES, *La edad*, etc., figura 135.

El trabajo de talla es marginal pero alternado en caras opuestas, de modo que a un borde trabajado corresponde otro liso en la cara contraria. El borde más perfecto por su minucioso retoque es el izquierdo, que se domina observando la cara superior. El borde trabajado sobre la cara inferior es de talla más grosera. La punta ha sido realizada un tanto toscamente.

Longitud, 79 milímetros; ancho máximo, 44 milímetros; espesor, 17 milímetros.

Este tipo, relativamente abundante en los yacimientos europeos de la época moustierense¹, no había sido señalado en Patagonia ni en Tierra del Fuego.

PUNTA RASPADOR. — De forma aproximada al triángulo (fig. 26), aunque asimétrico. Su base es plana. El plano de percusión ha sido casi totalmente eliminado por lascado de ambas caras, más intenso en la superior. Bulbo bastante notable; cresta dorsal pronunciada. El tallado se ha hecho en la punta y borde derecho del instrumento que se han retocado con prolijidad. En cambio, el borde izquierdo, sobre la cara superior, carece de trabajo, y en la inferior sólo muestra unos pequeños retoques que no parecen tener otra finalidad que la de embotar el filo.

Longitud, 63 milímetros; ancho, 31 milímetros.

Se conocen de Patagonia algunos «cuchillos»² de forma muy semejante, pues sólo se diferencian por haber sido tallados sobre ambas caras.



Fig. 27. — Raspador. Tamaño natural



Fig. 26. — Punta raspador
Tamaño natural

RASPADOR. — De forma elíptica (fig. 27). La cara inferior es bastante plana, no por desprendimiento del núcleo, sino por un posterior trabajo de lascado. No existen vestigios del plano y bulbo de percusión. El tallado es periférico, dejando en el centro una zona que no ha

¹ MARTIN, *Recherches sur l'évolution*, etc., lámina 1, figura 1; COMMONT, *Les hommes contemporains*, etc., figura 46.

² TORRES, *Arqueología de la península*, etc., figura 1; OUTES, *La edad*, etc., figura 77.

sido trabajada. El esquirlamiento, en la cara superior, forma un ángulo de 50° aproximadamente. Carece de retoques, pero la base y el borde derecho han sido trabajados con mayor delicadeza.

Longitud: 55 milímetros; ancho: 34 milímetros; espesor máximo: 12 milímetros.

Es una forma que puede correlacionarse con otras piezas de Patagonia¹. Es también abundante en los yacimientos europeos².

RASPADOR. — De forma trapezoidal (fig. 28), tallado en una lasca interna. La cara inferior es lisa pero de superficie alabeada. El plano y el bulbo de percusión existen íntegros. El tallado es periférico, excepto en la base que no ha sido tocada. En el borde superior y derecho, el tallado es casi perpendicular, formando un ángulo de 85° más o menos; en el borde izquierdo es de mayor inclinación. Los bordes han sido, además, finamente retocados mediante el desprendimiento de pequeñas esquirlas que no alcanzan a 1 milímetro.

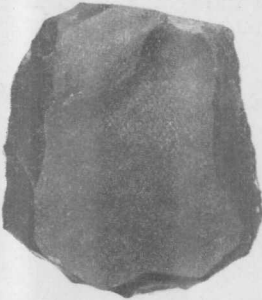


Fig. 28. — Raspador
Tamaño natural

Longitud, 38 milímetros; ancho, 32 milímetros; espesor máximo, 10 milímetros.

Pertenece a la forma más común de raspadores patagónicos, posiblemente una de las más típicas³.

PUNTA. — De forma ovoidal y punta aguda (fig. 29). En la parte superior del borde derecho conserva una parte de la corteza natural del núcleo. La cara inferior es plana y muestra algunos trabajos secundarios de acomodación. Existe parte del plano de percusión, disminuído por un gran lascado en la cara superior. El bulbo ha desaparecido íntegramente. El tallado se ha realizado sobre el borde izquierdo, pero se extiende a una gran parte de la superficie superior del instrumento. La zona de la punta ha sido finamente retocada sobre la cara inferior.



Fig. 29. — Punta. Tamaño natural

¹ OUTES, *La edad, etc.*, figura 44.

² MARTIN, *Recherches sur l'évolution, etc.*, lámina 8, figura 3.

³ OUTES, *La edad, etc.*, figura 33.

Longitud, 68 milímetros; ancho, 40 milímetros.

Se han descrito algunos « cuchillos » de forma semejante, provenientes de Patagonia ¹. En los yacimientos moustierenses europeos ² abunda este tipo de punta.

PERFORADOR. — Es una pieza magnífica por su tallado (fig. 30). Carece de plano de percusión que ha sido eliminado. En la cara inferior, el tallado es un tanto más tosco que en la cara superior. En ésta existe una cresta dorsal bien pronunciada, donde terminan las superficies de esquirlamiento dispuestas en un ángulo de 45° a 60°. La punta es bastante aguda. El espesor de la región de la base ha sido disminuído, lo que induce a suponer que se adaptaba a un mango, según se ha supuesto para otros ejemplares parecidos.

Longitud, 54 milímetros; ancho máximo, 18 milímetros; espesor máximo, 9 milímetros.

Pertenece a un tipo de perforador ya conocido de Patagonia ³.



Fig. 30. — Perforador
Tamaño natural



Fig. 31. — Punta de flecha
Tamaño natural

PUNTA DE FLECHA. — Este ejemplar (fig. 31) de punta de flecha tiene cuerpo de forma amigdalóide, provista de pedúnculo. La cara inferior es relativamente plana, muy trabajada por percusión. En la cara superior subsiste la región central apenas desbastada. El tallado de la región periférica se ha realizado mediante el desprendimiento de grandes lascas. Presenta, por tanto, el aspecto de una pieza inconclusa. Tan sólo el pedúnculo parece haber sido terminado.

Longitud, 78 milímetros; ancho, 29 milímetros.

Por su mismo estado en proceso de fabricación, sería difícil buscarle similares ⁴, pero, de todas maneras, no parece pertenecer a ningún tipo conocido de Patagonia.

¹ OUTES, *La edad, etc.*, figura 78.

² MARTIN, *Recherches sur l'évolution, etc.*, lámina 8, figura 6.

³ OUTES, *La edad, etc.*, figuras 80 y 182.

⁴ Por las razones expuestas en el texto, me resisto a creer que este instrumento haya sido utilizado tal como se encuentra. Y considerándolo como una fase del pro-

PIEDRAS DE BOLEADORAS. — Son una degeneración de las clásicas piedras de boleadoras. Son simples cantos rodados informes (figs. 32 y 33), adaptados a su finalidad por superficiales y rústicos descascaramientos de ambos polos para determinar unas vagas escabrosidades donde sujetar el ligamento de cuero.



Fig. 32. — Piedra de boleadora
 $\frac{2}{3}$ del natural

Longitud, 82 milímetros; ancho, 57 milímetros; espesor, 42 milímetros; peso, 270 gramos.

Diámetro de longitud, 60 milímetros; diámetro de altura, 42 milímetros; diá-



Fig. 33. — Piedra de boleadora
 $\frac{2}{3}$ del natural

metro de profundidad, 37 milímetros; peso, 185 gramos.

Es indudable que estas piedras han sido utilizadas como boleadoras. Es cierto que los yahganes utilizan simples cantos rodados con retoques polares como pesos en sus líneas de pescar¹. Pero, en el caso presente, sobre tratarse de objetos provenientes de la región habitada por los onas

caso de fabricación sería aventurada toda clasificación morfológica y, más aún, crear tipos y variedades sobre base tan instable.

La razón por la cual me resisto a creer que esta punta haya sido empleada en la forma en que se encuentra, es la perfección que, en esta clase de armas, han buscado siempre los indios. Ningún otro de los instrumentos por ellos usado ha merecido mayor esmero en su confección, lo que se explica por los efectos seguros y eficaces que de ellos obtenían. Es sabido, en efecto, que merced a la flexibilidad del arco y a la penetrabilidad de la punta, los indios de ciertas regiones de América atravesaban de un flechazo el cuerpo de un ciervo (conf. de WAVRIN, *Les derniers indiens primitifs du bassin du Paraguay*, 14, Paris, 1926), y en Tierra del Fuego traspasaban de parte a parte el cuello de un guanaco (conf. ROBERTO DABBENE, *Viaje a la Tierra del Fuego y a la isla de los Estados*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, XXI, 70, Buenos Aires, s. f.). Respecto al alcance de los flechazos de los onas, el señor Lucas Bridges, que une a su cultura europea un conocimiento único de las costumbres de esos indios con quienes ha convivido y tratado largos años, me ha afirmado que utilizando arcos comunes preparados con maderas locales, el tiro alcanza a 200 metros, y si se emplean arcos paraguayos, hechos con maderas más adecuadas, se llega a la distancia de 220 metros.

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., lámina XXXII, figuras 5 y 6. Igualmente, del norte de Chile, han sido mencionadas piedras idénticas a las que describo, las que han sido interpretadas como « útil de pesca » (conf. MAX UHLE, *La arqueología de Arica y Tacna*, en *Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, III, 8, lámina XI, figuras 2 y 3 (en el texto equivocadamente se menciona la lámina XII), Quito, 1919).

que no acostumbraban a pescar con línea ¹, debo hacer notar que en el Museo Regional de Punta Arenas he visto « boleadoras » onas completas, armadas, cuyas piedras eran idénticas a las que aquí describo ².

Las piedras de boleadoras son comunes en Patagonia y su misma vulgaridad ha impedido que se coleccionaran muchos ejemplares. Sólo se han recogido aquellos que por alguna circunstancia — perfección del pulido, surco etc. — han llamado la atención del coleccionista ³.

Es notable la evolución que se observa en las piedras de boleadoras a través de las capas de este « conchal ».

¹ ROBERTO DABBENE, *Los indígenas de la Tierra del Fuego. Contribución a la etnografía y antropología de los fueguinos*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, XXV, 250, Buenos Aires, 1911.

² En el mismo Museo he visto algunas boleadoras sumamente raras. Las hay de una sola piedra, en las que el ligamento no se aseguraba rodeándolas, sino a través de un agujero labrado cerca del borde (fig. 34). La evolución y adaptaciones de las boleadoras es, pues, más grande que lo que se imagina. Las piedras que existen en el Museo de Punta Arenas son todas cantos rodados, en general achatados, cuyas únicas modificaciones son los descascaramientos de los polos o el agujero para pasar el ligamento. Éste es corto, alcanzando su máximo en el ejemplar número 12 de las colecciones que mide metros 0,60; en el número 13 es de metros 0,42; el más pequeño es el número 11, que sólo mide metros 0,36.

El material del ligamento es también variable. En el número 11 es de fibras vegetales trenzadas; en el número 12 de tripas trenzadas y en el número 13 un simple cintillo de cuero, pero en todos tres el tiento está pintado en ocre rojo.

La manera de asegurar el tiento es, también, diferente en cada uno de esos ejemplares. En el número 13 existe un ojal de cuero atado en el borde de la piedra; en el extremo del tiento del número 12 se ha hecho un nudo que no puede pasar por el agujero, pero dejando en libertad a la piedra que puede correr a lo largo del tiento.

La procedencia de esas « boleadoras », según los datos consignados en el catálogo del Museo, responde a una distribución geográfica muy amplia, pues el ejemplar número 12 fué encontrado en cabo Domingo; el número 11 es de la región alacaluf y el número 13, indeterminado en cuanto a localidad, pero se le atribuye a los indios onas.

Por su confección, estos instrumentos responden mejor a la denominación de « piedras perdidas » (que no se arrojaban, sino que se utilizaban en forma de maza), pero el nombre que se les da es de « boleadoras », aunque ignoro si el nombre responde a un uso comprobado. En la duda, he preferido atenerme a la indicación de los que las coleccionaron.

Una piedra morfológicamente semejante a las piedras de « boleadoras » existentes en el Museo de Punta Arenas ha sido descrita procedente de la estación de Taltal, aunque sin atribuirle uso determinado (conf. AURELIANO OYARZÚN, *Estación paleolítica de Taltal*, en *Publicaciones del Museo de etnología y antropología de Chile*, I, 29, figura 11 b, Santiago de Chile, 1918).

³ Es un hecho sobrado conocido del que ya se ha dejado constancia (Conf. OATES, *La edad*, etc., 418).

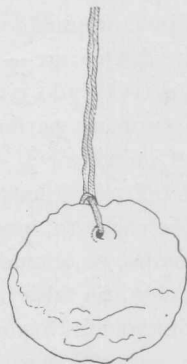


Fig. 34

Se ha visto que en las capas inferiores existían piedras casi perfectas, con surco y prolijamente terminadas. En esta otra capa, en cambio, parecen una franca degeneración morfológica de aquéllas. Se ha producido una evidente regresión en cuanto a la técnica de realización, y este hecho, que me parece natural, merece un pequeño comentario a fin de desvirtuar la opinión, muy extendida, que supone un constante progreso cultural que debe manifestarse por la obtención de mejores resultados morfológicos. Es un concepto equivocado de « progreso » que se confunde con « trabajo ». El progreso no es obtener formas mejores y más difíciles, sino llegar a la misma finalidad ahorrando fatiga. La ley del menor esfuerzo es inspiradora del progreso. Desde el punto de vista arqueológico esta verdad es evidente. En las civilizaciones europeas, el instrumental finamente tallado de los achelenses, fué reemplazado por el más sencillo de los moustierenses, inferior a aquél por lo somero de su tallado, pero más práctico y de más fácil consecución. Aunque parezca paradójico, se puede admitir como tesis general — cuyas excepciones habría que demostrar — que un objeto o instrumento es más primitivo cuanto más trabajado y tanto más moderno cuanto más sencillo. La sencillez es la suprema perfección.

Ciñéndome al tema que motiva esta digresión, opino que si un tipo de boleadora ha precedido a otro, el más antiguo es el provisto de surco. Más reciente, por cuanto significa una enorme economía de trabajo y tiempo, es el tipo sin surco que debía usarse retobado. Y como comprobación, no falta la cita del viajero que, en contacto con las tribus patagónicas aún bárbaras, pudo verificar que *ancient bolas are not unfrequently met with* cuyo carácter principal *differ from those in present use by having grooves cut round them* ¹.

Y, si bien esas « bolas », que considero primitivas, se encontraban en uso entre los patagones del siglo pasado, la explicación de este aparente anacronismo se encuentra en las palabras del mismo autor quien da a entender que los indios las buscaban para utilizarlas: *are highly valued by the Indians* ².

¹ GEORGE CHAWORTH MUSTERS, *At Home with the Patagonians a years's wanderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the Rio Negro*, 175, London, 1873.

² MUSTERS, *At Home with the Patagonians, etc.*, 175.

CAPÍTULO III

El « conchal » de Ushuaia

Sobre el canal de Beagle, en la misma ciudad de Ushuaia, existe un gran « conchal » cuyas particularidades de situación, tamaño y estratigrafía sólo conozco, por una sucinta referencia y planos debidos al señor Felstrup que exploró la región por encargo del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde se guarda el material coleccionado en esa oportunidad juntamente con otras piezas provenientes del mismo lugar y que pertenecieron a las colecciones del señor Eduardo Alejandro Holmberg.

El « conchal » está ubicado dentro de la zona conocida como « presidio militar », a 21 metros de la playa. Directamente sobre la tierra (fig. 35),

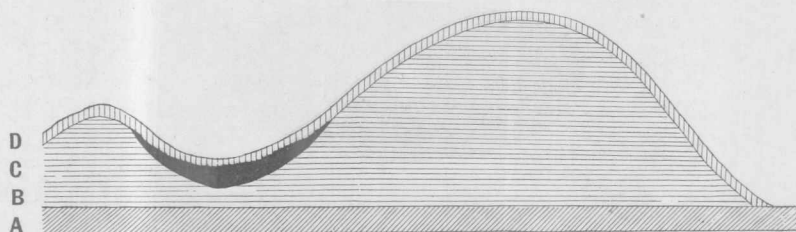


Fig. 35. — Corte esquemático transversal del « conchal » de Ushuaia. A, Tierra; B, masa del conchal; C, fogón; D, tierra y vegetación. A $\frac{1}{100}$ del natural. Según Felstrup

comienza la acumulación de desperdicios que forma el verdadero « conchal » de una altura aproximada de metros 3,50. La masa del « conchal » está formada por valvas de:

Patella sp.;

Mytilus edulis L.

guijarros, fragmentos de madera podrida, huesos de pescados, aves y mamíferos, y fragmentos de útiles de huesos, es decir, que su composición no difiere, mayormente, del existente en el río Chico. Por encima de esos residuos existe una capa de « tierra nueva y pasto ».

Guarecida de los vientos del mar por la propia elevación del « conchal », se ha dejado una depresión que se ha utilizado como fogón, a juzgar por la gran cantidad de cenizas y valvas quemadas. Debido a esta útil prolongación el « conchal » mide en este punto metros 10,50 en dirección perpendicular a la playa, y metros 8,40 en sentido paralelo ¹.

¹ Puede sorprender en el dibujo correspondiente la desmesurada amplitud que se asigna al fogón. Esas dimensiones, sin embargo, están de acuerdo con las nece-

El resto del «conchal» viene a constituir, por su menor ancho, una especie de brazos a ambos lados del cuerpo principal (fig. 36).

Lo sumario de la descripción me obliga a estudiar, en conjunto, las piezas provenientes del «conchal» de Ushuaia, sin establecer diferencia de pisos, porque no me bastan las vagas relaciones de profundidad que se indican para algunos ejemplares.

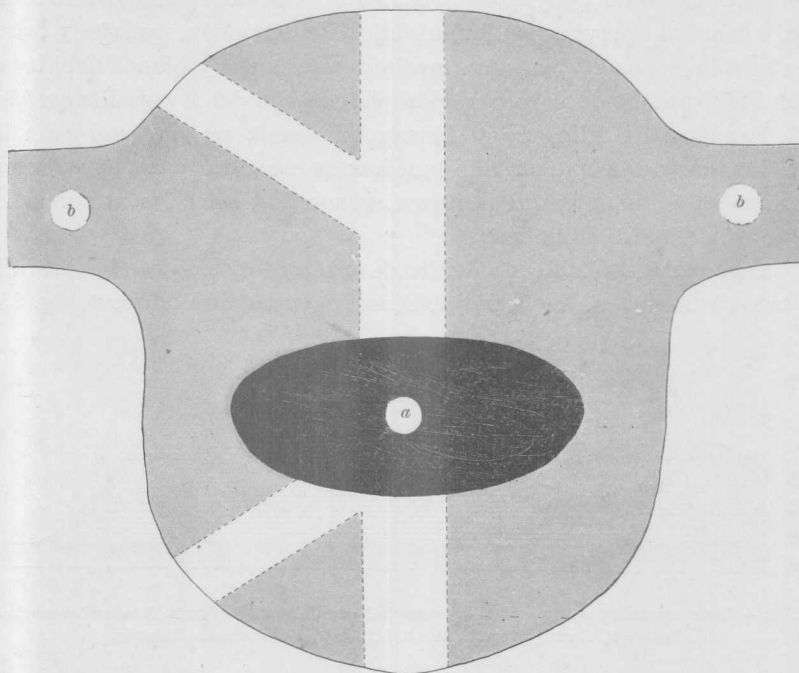


Fig. 36. — Plano esquemático del «conchal» de Ushuaia en el lugar del fogón. *a*, el fogón; *b-b*, masa del «conchal». Las zonas en blanco son las trazas de las zanjas de remoción. A $\frac{1}{100}$ del natural. Según Felstrup.

Éstos tienen de por sí un valor morfológico individual que la ignorancia del nivel no llega a destruir. Todo consiste en no pretender fundar sobre ellos una cronología, sino utilizarlos solamente en lo que atañe a sus formas.

sidades, según he podido comprobarlo personalmente viendo preparar su alimento a los onas actuales. Los indios fueguinos han carecido siempre y no han adoptado todavía los utensilios que permiten aproximar los alimentos al fuego y los cocinan manteniéndolos a una distancia que varía de uno a tres metros del fuego, mediante el calor que se transmite por la gruesa capa de ceniza. Es el procedimiento conocido por los etnógrafos con el nombre de «estufa de tierra» y que está muy extendido entre todos los pueblos primitivos (conf. F. GRAEBNER, *Der Erdofen in der Sudssee*, en *Anthropos*, VIII, 801 y siguientes, Wien, 1913). Para Tierra del Fuego habían mencionado esta práctica : SPEGAZZINI, *Costumbres de los habitantes*, etc., 164; OUTES, *Datos sobre la ergología*, etc., 52; HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., 340.

El instrumental

a) LÍTICO

LÁMINA EMBOTADA ¹. — Es una lámina triangular con cresta dorsal (fig. 37). El plano de percusión ha desaparecido por un esquirlamiento de la cara superior, probablemente como consecuencia de golpes perpendiculares a aquel plano. Subsiste, sin embargo, una parte del conchoide. Ambos bordes y el vértice contiguo al plano de percusión han sido finamente tallados sobre la cara externa ². También el borde inferior ha sido retocado para mejor acomodarlo a la prehensión. El conjunto presenta un aspecto semejante al de las láminas aurignacenses ³.

Este ejemplar mide 82 milímetros en su longitud máxima y 31 milímetros de ancho.

Los bordes cortantes conservan evidentes señales de su empleo.



Fig. 37. — Lámina embotada.
Tamaño natural. Col. Museo
Etnográfico, n.º 12.289.

¹ Considero que éste es el término que responde más exactamente a la forma conocida en francés como *lame a tranchant rabattu*. La Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas las denomina «láminas de dorso rebajado» (conf. *Nomenclatura de voces técnicas*, etc., 36). La traducción sobre ser infiel, carece de la fuerza de sugestión que existe en la clasificación francesa. En estas piezas, uno de los bordes, cortante por naturaleza, ha debido ser embotado para no lastimar la mano en el trabajo de presión. Creo que el término que propongo traduce el espíritu de aquella denominación.

² Adhiriendo a la definición de la Comisión de Investigaciones, acepto la existencia de láminas retocadas. No conozco razones suficientes para justificar la discrepancia del señor profesor Outes, quien, siguiendo a los primeros tratadistas de la prehistoria, estima que, solamente, caben en la categoría de láminas, las que no muestren ni el más pequeño vestigio de trabajo secundario (conf. OUTES, *La edad*, etc., 314; FÉLIX F. OUTES, *Cuestiones de nomenclatura paleontológica*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LXXXII, 209, Buenos Aires, 1917). Por mi parte considero que nada se opone a distinguir como láminas los instrumentos que morfológicamente lo son, aunque hayan sido retocados con posterioridad a su confección. Esta es, por lo demás, la opinión de los modernos maestros de la prehistoria europea (conf. COM-MONT, *Les hommes contemporains*, etc., figs. 149, 142, 144, etc.; PITTARD et MONTAN-DON, *L'outillage de la station*, etc., fig. 1, 4; fig. 3, 2-3; fig. 5, 2-3, fig. 8, 1).

³ No quiero con esto incurrir en una comparación que tal vez no existe más que en la imaginación. En esta clase de instrumentos, las formas son tan caprichosas que no es fácil establecer concordancias, no obstante el parecido común de todas ellas.

PUNTAS DOBLES. — Son dos buenos ejemplares por el trabajo de talla que representan.

Doble punta de tipo « limaza » (fig. 38) de talla periférica. Dorso muy convexo. Cara inferior plana. Las dos puntas son sensiblemente iguales, si bien la superior es algo más aguda.



Fig. 38. — Punta doble. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n.º 30.481.

Longitud, 72 milímetros; ancho máximo, 26 milímetros; espesor, 12 milímetros.

En Patagonia se han encontrado algunos ejemplares de este tipo ¹ que, también, es abundante en los niveles moustierenses de Europa ².

La otra es una pieza oblonga (fig. 39) de talla bifacial que no encuadra dentro de las clasificaciones de la nomenclatura clásica. Carece de plano de percusión. Grandes y pequeñas esquirlas adelgazan regularmente ambas caras para formar los



Fig. 39. — Punta doble. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n.º 30.479.

bordes. Toda la región periférica ha sido cuidadosamente retocada sobre las dos caras. Las esquirlas cupulares marginales no presentan retoques secundarios.

Longitud, 66 milímetros; ancho máximo, 37 milímetros; espesor, 8 milímetros.

Es una pieza morfológicamente nueva para Tierra del Fuego y Patagonia, pero ya señalada en los depósitos moustierenses de Francia ³.

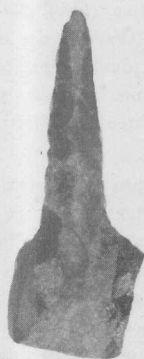


Fig. 40. — Perforador. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n.º 30.483.

PERFORADOR. — Es un ejemplar muy bien terminado (fig. 40).

El talón es de forma trapezoidal y ha sido ligeramente desbastado. El cuerpo de forma elipsoidal es una fina punta delicadamente tallada por presión.

¹ VERNEAU, *Les anciens patagons*, etc., lámina 11, figura 11; OUTES, *La edad*, etc., figura 181.

² MARTIN, *Recherches sur l'évolution*, etc., lámina 22.

³ MARTIN, *Recherches sur l'évolution*, etc., lámina 15, figura 1.

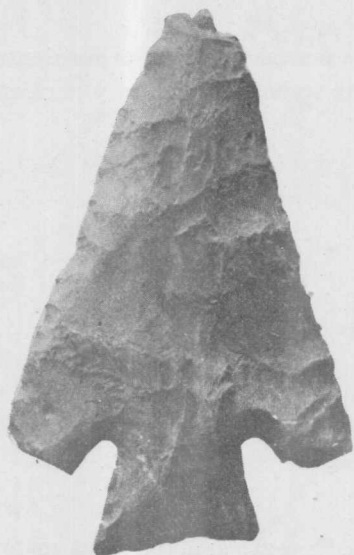


Fig. 41. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 12.293

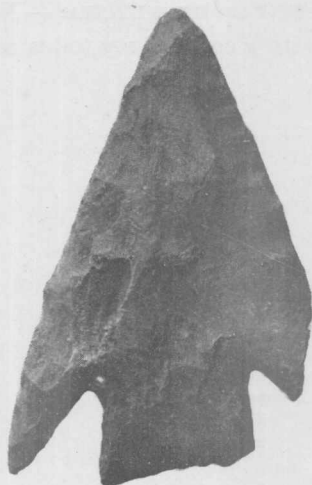


Fig. 42. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 12.294.



Fig. 43. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 30.484.



Fig. 44. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 38.482.



Fig. 45. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 30.485.

Pertenece a un tipo bastante común en Patagonia ¹, pero desconozco se hubiera señalado con anterioridad en Tierra del Fuego.

PUNTAS DE FLECHA. — Nueve son las puntas de flecha provenientes de este « conchal » y todas representan un trabajo cuidadoso y perfecto,



Fig. 46. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, número 30.478.



Fig. 47. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, número 30.477.



Fig. 48. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, número 30.476.

obtenido mediante un tallado por presión. Excepto una, todas las restantes pertenecen al tipo de puntas de flechas con aletas, con dos tamaños bien caracterizados.

El tipo aletiforme (figs. 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47 y 48) es conocido en Tierra del Fuego ² y Patagonia ³, mientras que el otro, notablemente pedunculado (fig. 49), aunque no señalado en Tierra del Fuego, es semejante, aunque no idéntico, a algunos ejemplares de Patagonia ⁴.



Fig. 49. — Punta de flecha. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, nº 30.480.

¹ VERNEAU, *Les anciens patagons*, etc., lámina 11, figuras 12, 14, 19 y 21. Creo que también debe considerarse como perforador el ejemplar representado como punta de flecha en la lámina 12, figura 46; OUTES, *La edad*, etc., figura 58.

² HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., lámina 30, figuras 7, 9 y 10; GALLARDO, *Los onas*, etc., figuras de las páginas 275, 277 y 279; COJAZZI, *Gli Indii*, etc., lámina frente a la página 45 y 46.

³ VERNEAU, *Les anciens patagons*, etc., lámina 13; OUTES, *La edad*, etc., 104 y siguientes; TORRES, *Arqueología de la península*, etc., figura 25.

⁴ VERNEAU, *Les anciens*, etc., lámina 13, figuras 23, 24, 31; OUTES, *La edad*, etc., figura 120.

b) ÓSEO

El instrumental óseo de este « conchal » contiene piezas sumamente interesantes.

PUNTA DE ARPÓN. — Ha sido trabajado en un trozo de hueso, posiblemente de *Otaria*, porque no obstante su relativo espesor, no se ha utilizado más que la parte compacta sin afectar a la parte medular. Sería difícil determinar la porción esquelética a que corresponde, pero la curvatura ántero-posterior que presenta induce a suponer que se trata de una costilla.

La pieza (fig. 50) consta de una punta sumamente aguzada, de corte más bien elíptico que circular, de 68 milímetros de longitud y que se continúa hacia abajo mediante un pedúnculo de forma ovoide de bordes sumamente finos.

Todo el instrumento se ha realizado por procedimiento de pulir el hueso originario; en su estado actual, las superficies parecen un tanto toscas a causa de la corrosión de los agentes exteriores.

La longitud de este artefacto es de 101 milímetros; el ancho máximo de la punta, 15 milímetros; el espesor en el mismo sitio, 11 milímetros. El ancho máximo del pedúnculo es de 25 milímetros.

No puede haber duda respecto a la finalidad de este instrumento que he clasificado como punta de arpón, correspondiendo al tipo más simple y sencillo. El valor intrínseco de esta pieza se acrecienta así porque permite establecer la variación tipológica de estas armas, desde la forma rudimentaria que aquí se nota, hasta los arpones monodentados o pluridentados de las poblaciones indígenas actuales.

La forma de cuña en que termina el pedúnculo parece indicar que esta pieza corresponde a uno de esos arpones fueguinos de punta móvil que se desarticula del astil una vez clavada en la presa¹. El astil, ligado a la punta por una larga trenza de cuero, continúa flotando e indica el lugar en que se ha sumergido el animal herido².

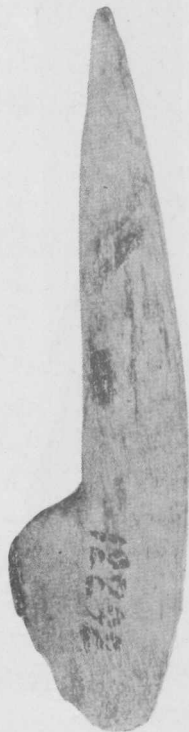


Fig. 50. — Punta de arpón. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 12.292.

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, 353.

² HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, 354.

PUNTA DE LANZA. — Pertenece a la extremidad apical de una punta de lanza, correspondiente a uno de los tipos más difundidos en Tierra del Fuego (fig. 51).

Ha sido trabajado, de manera bastante grosera, en un trozo de costilla, probablemente de *Otaria*. La cara exterior del instrumento muestra la parte exterior del hueso, mientras la cara interna corresponde a la parte esponjosa de la región medular.

Pertenece al tipo de lanzas o arpones planos de una sola hilera de dientes, de los que no conserva más que el de la punta y los dos adyacentes.

Los arpones de este tipo son relativamente comunes en el archipiélago fueguino¹. En el que aquí describo se pueden precisar algunas diferencias de detalle que lo señala como una forma aberrante dentro de su tipo. Estas diferencias son: la menor longitud de la punta, el escaso espesor de todo el instrumento y la mayor separación entre los dientes.



Fig. 51. — Punta de lanza. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 20.434.

PUNTA DE ARPÓN. — Es una punta de arpón (fig. 52), del tipo monodentado tan característico de los clanes fueguinos². Ha sido confeccionado con la zona compacta de un hueso, posiblemente de lobo marino. Es un instrumento bien terminado y perfecto, pulido hasta el brillo en todas las superficies.

Tanto el ápice como el diente presentan algunos defectos originados por roturas.

Tanto el ápice como el diente presentan algunos defectos originados por roturas.

Longitud, 152 milímetros; longitud del diente, 59 milímetros; espesor máximo, 11 milímetros.

PERFORADORES. — El perforador o lezna representado en la figura 53 está hecho con un hueso que, muy probablemente, corresponde a un metartasiano de guanaco. En el tercio superior, el hueso ha sido cortado en bisel que se prolonga hacia el vértice



Fig. 52. — Punta de arpón. $\frac{2}{3}$ del natural. Col. Museo Etnográfico, número 20.435.

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, lámina 30, figuras 1 y 2, lámina 31, figura 5, lámina 32, figura 1.

² HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, lámina 31, figuras 6 y 7.

suprimiendo las paredes laterales, salvo en una sola parte, donde mediante un fino pulido se acumina constituyendo la verdadera punta

punzante. El talón, en cambio, muestra al hueso en estado natural, con algunos retoques sumarios que facilitan la prehensión.

Las dimensiones de esta lezna son : longitud máxima, 92 milímetros ; espesor máximo, 14 milímetros.

Este tipo de perforador ya ha sido señalado en toda la extremidad sur del continente, así en la Patagonia argentina¹ y chilena², como en Tierra del Fuego³, pero son escasos los ejemplares que se conservan.

El trabajo de preparación de otro instrumento (fig. 54) es sobremano sencillo y rudimentario. Se ha partido, longitudinalmente, un hueso de ave y una de las astillas ha sido acuminada en uno de los extremos hasta constituir una punta sumamente aguda. El resto carece de retoques o trabajo de acomodación.

Dimensiones : la longitud máxima de este instrumento es 146 milímetros, y su ancho máximo, 11 milímetros.



Fig. 54. — Perforador. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 20.437.

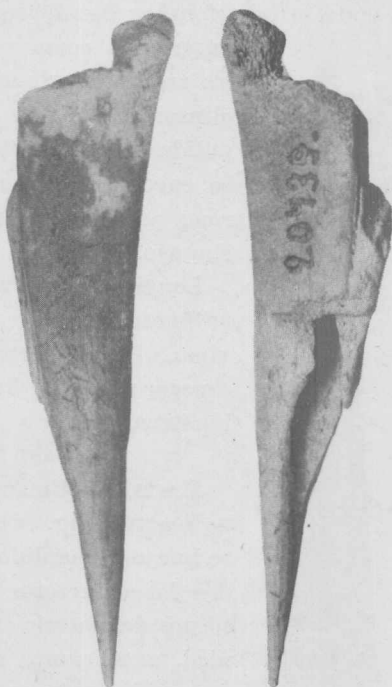


Fig. 53. — Perforador. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, n° 20.439

¹ ROBERT LEHMANN-NITSCHÉ, *Hallazgos antropológicos en la caverna de Markatsh Aiken (Patagonia austral)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XI, lámina, figura 1, La Plata, 1903.

² ROBERT LEHMANN-NITSCHÉ, *Coexistencia del hombre con un gran desdentado y un equino en las cavernas patagónicas*, en *Revista del Museo de La Plata*, IX, lámina V, figura 4, La Plata, 1899; ROBERT LEHMANN-NITSCHÉ, *Nuevos objetos de industria humana encontrados en la caverna Eberhardt en Ultima Esperanza*, en *Revista del Museo de La Plata*, XI, lámina, figuras 4 y 5. La Plata, 1902; ERLAND NORDENSKJOLD, *Iakttagelser och fynd i grottor vid Ultima Esperanza i Sydvestra Patagonien*, en *Kongliga Svenska Vetenskaps-Akademiens handlingar*, Ny Följd, 33, número 3, lámina I, figura 3, Stockholm, 1900.

³ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique, etc.*, lámina XXXIII, figura 7.

Se conocen perforadores procedentes de Tierra del Fuego ¹, sino idénticos, muy semejantes al que describo.

Este otro perforador (fig. 55) representa un tipo más acabado que los anteriores, como resultante de un trabajo más esmerado. Es un fragmento de hueso de lobo marino. Su corte es elipsoidal y desde la base hasta el ápice, mediante un pulido prolijo, va decreciendo hasta formar la punta. Ésta se encuentra un tanto roma por efecto del mucho uso.

Longitud máxima, 86 milímetros; ancho máximo, 14 milímetros; espesor máximo, 6 milímetros.

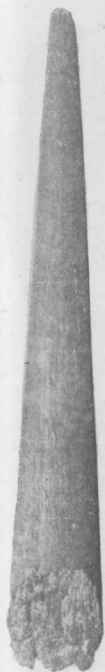


Fig. 55. — Perforador. Tamaño natural. Col. Museo Etnográfico, número 20.440.

HACHA. — En su estado actual (fig. 56), este hueso ha perdido todos los caracteres externos de materia orgánica, a tal punto que, percutido, emite un sonido semejante al que produce la porcelana. El aspecto exterior confunde hasta dar la impresión de tratarse de

una piedra, y sólo la observación detallada pone de manifiesto su estructura ósea. Es de color amarillo sucio, en partes jaspeado de castaño y negro.

La pieza fué trabajada cuando el hueso era fresco y ha sido finamente pulida. En el tercio inferior, el pulido más acentuado sobre ambas caras determina una zona muy afilada. En una de las caras, los dos tercios superiores muestran una amplia astilladura ligeramente cóncava, practicada seguramente para adaptar el instrumento a un mango. En el filo se notan varias decantilladuras que indican el uso a que fué sometido.

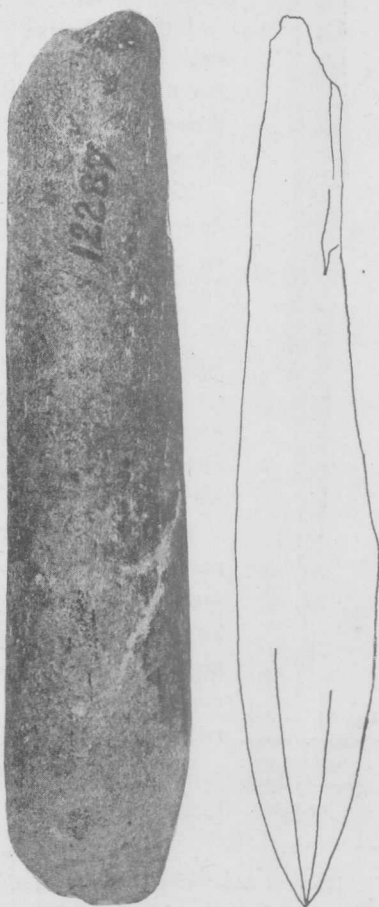


Fig. 56. — Hacha. $\frac{2}{3}$ del natural. Col. Museo Etnográfico, nº 12.287

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., lámina XXXIII, figura 9.

La longitud máxima es de 179 milímetros; ancho máximo 36 milímetros; espesor máximo, 24 milímetros.

Mucho se ha controvertido acerca del uso del hacha por los fueguinos, que ha sido negado por algunos autores y afirmado por otros ¹. Del empleo como hacha de la pieza aquí descrita no es posible dudar, pues así lo indican sus caracteres morfológicos y lo corrobora el hecho de que, en el instrumental pétreo de Patagonia, se encuentran formas semejantes ². Además, otro instrumento parecido a éste, aunque de menores dimensiones ha sido ya mencionado para la misma región de Tierra del Fuego ³, si es que no se trata de un abre-valvas idéntico al de la figura 58, sin excluir, naturalmente, la posibilidad de que se trate de un hacha singular ⁴.

En vista de la engañadora apariencia de la pieza descrita, estimo, también, muy posible que las hachas de piedra que los viajeros mencionan haber visto entre los fueguinos, correspondan en realidad a este tipo óseo. En los viejos relatos la observación es superficial y más deben leerse con auxilio del buen sentido que con ayuda del diccionario.

ABRE-VALVAS. — Es un fragmento de hueso plano (fig. 57), atribuible a una costilla de lobo marino; la cara superior es la natural del hueso, en tanto que la inferior muestra la parte esponjosa. La forma es bastante asimétrica y, en general, aparece como un trabajo desprolijo y grosero. Sólo ha sido acomodado en el tercio inferior, que ha sido adelgazado en sentido ántero-posterior. También en los bordes se nota algún trabajo de acomodación. Su empleo como abre-valvas es indudable por las evidentes señales curvas que los bordes cortantes de



Fig. 57. — Abre-valvas.
²/₃ del natural. Col. Museo Etnográfico, n° 20.433.

¹ COOPER, *Analytical and critical bibliography*, etc., 217.

² MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Hachas de piedra pulida provenientes de Patagonia (territorio del Neuquen)*, en *Comunicaciones del Museo nacional de Historia natural de Buenos Aires*, II, 61 y siguientes, Buenos Aires, 1923-1925 [1923].

³ G. A. COLINI, *Cronaca del museo*, etc., 240.

⁴ Conviene recordar, sin embargo, que el objeto descrito por Lovisato muy bien pudiera ser un hacha semejante a la que hago conocer, pero, desgraciadamente, esa pieza fué extraviada el mismo día de su hallazgo, no teniendo, por consiguiente, nada que ver con la mencionada por Colini (conf. LOVISATO, *Sulla collezione etnografica*, etc., 723).

aquellas han dejado en las superficies y, sobre todo, por la forma alterada con que las señales han quedado en ambas caras.



Fig. 58. — Abre-valvas. Tamaño natural
Col. Museo Etnográfico, n° 20.432

la extremidad de una costilla de lobo marino. Muy bien pulido en ambas caras decrece, suavemente, hacia los bordes laterales e inferior. Este último es muy convexo y filoso y en la zona vecina se notan las señales dejadas por los bordes de las valvas.

Longitud máxima, 57 milímetros; ancho máximo, 32 milímetros; espesor máximo, 16 milímetros.

En la isla Elisabeth, Lovisato ² encontró un instrumento que describe como hacha, pero que por sus formas y dimensiones no parece diferenciarse de este abre-valvas. Es muy posible, pues, asignarle esta interpretación que creo más aceptable.

OBJETO DE USO INCIERTO. — Es un fragmento de costilla (fig. 59), posiblemente de lobo marino, cuya cara superior es la del hueso y la inferior llega a la zona esponjosa. Los bordes laterales han sido redondeados y la extremidad inferior de la que falta un trozo por rotura, aunque adelgazada no ha llegado a ser aguda, sino curva.

Las dimensiones son : longitud, 254 milímetros ; ancho máximo, 40 milímetros ; espesor máximo, 17 milímetros.

Longitud máxima, 161 milímetros; espesor máximo, 7 milímetros.

Conozco tan solamente la mención de un instrumento semejante ¹, al que se atribuía una finalidad distinta.

Este otro abre-valvas (figura 58) ha sido, también, realizado con

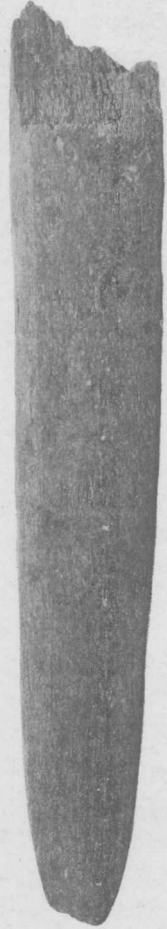


Fig. 59. — Uso desconocido. $\frac{1}{2}$ del natural. Col. Museo Etnográfico, n° 20.430.

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., lámina XXXII, figura 9.

² G. A. COLINI, *Cronaca del museo*, etc., 240.

Tal vez sea un instrumento como éste el que se menciona como utilizado en la construcción de las piraguas ¹.

Restos humanos

Procedente de los «conchales» de Ushuaia, existen en el Museo Etnográfico dos cráneos humanos con sus correspondientes esqueletos.

El material está bien conservado y todos los huesos íntegros, debido a la sequedad característica de estos yacimientos, que no permiten el estancamiento del agua y la consiguiente maceración de los huesos.

Ambos esqueletos tienen una coloración amarillo-ocráceo que da la impresión de tratarse de huesos recientemente desprovistos de la envoltura muscular, pero que depende — vuelvo a repetirlo — de las disposiciones constitutivas del suelo que retardan la descomposición de las materias orgánicas ². Esa es la coloración que mantiene casi todo el instrumental óseo encontrado.

La finalidad de este trabajo me priva de hacer una descripción osteoscópica y osteométrica detallada del material, y sólo daré algunos caracteres de morfología craneana que puedan servir para la determinación de los aborígenes constructores del «conchal».

CRÁNEO 13277

♂, maduro, de 30 a 40 años. Faltan algunos elementos dentarios.

NORMA LATERALIS. — Después de un ligero *torus* supraorbitario, la frente, algo fugitiva, determina una curva antero-posterior regular que alcanza su mayor altura en la región postbregmática y que, en las proximidades del obelio se interrumpe bruscamente determinando casi una línea recta que va hasta lambda, línea determinada por el característico aplastamiento de esa zona. La región suprainíaca es globulosa, mientras que la infrainíaca deprimida regularmente. Glabella notable. Raiz nasal poco profunda; espina nasal anterior de tamaño mediano. Malares bien desarrollados. Apófisis mastoideas bien proporcionadas. Conducto auditivo externo amplio. Escama temporal de tamaño grande. Plano tempo-

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., lámina XXXII, figura 9.

² Como prueba de la lentitud con que se destruyen las partes musculares del cuerpo recordaré que, en el cementerio de la misión de Río Grande, procedí a la remoción de algunos indios onas sepultados durante las epidemias del año 1890 al 1894, y no era raro el caso de tener que desprender ligamentos y tendones no descompuestos, después de 30 años de enterramiento.

ral extendido. No se puede determinar la presencia de las líneas temporales. Existe un ligero prognatismo. Línea sinfisiana procedente, pero mentón no muy agudo. Rama inferior de la mandíbula baja; rama ascendente de ancho mediano, más bien estrecha.

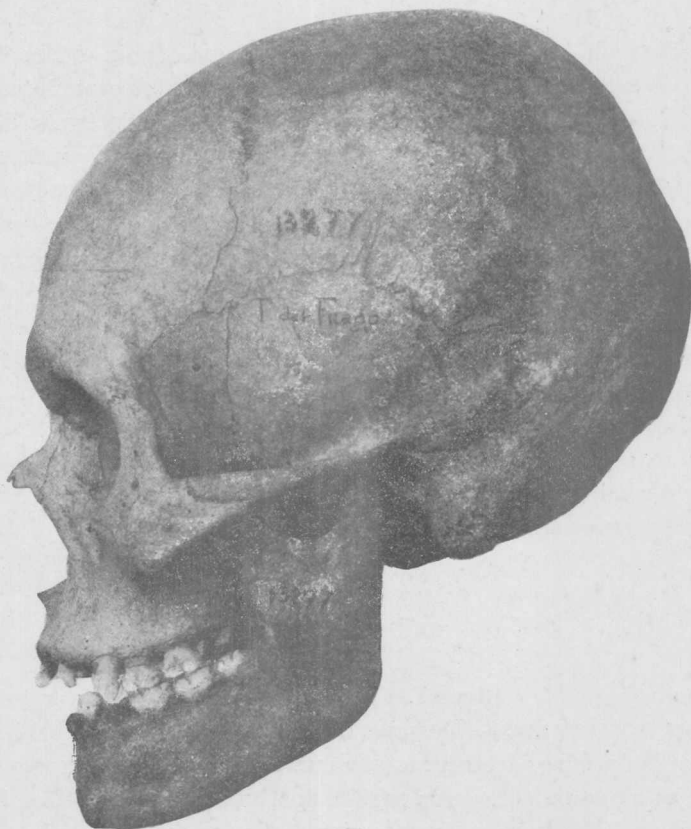


Fig. 60. — *Norma lateralis*. $\frac{1}{2}$ del natural. Cráneo 13.277. Col. Museo Etnográfico

NORMA VERTICALIS. — Beloides, ancho y regular. No se ven los arcos superciliares. Fosas temporales apenas visibles. Tuberosidades parietales definidas. Arcos malares visibles, pero sin alejarse de la caja craneana.

NORMA FACIALIS. — Cráneo macizo pero de líneas gráciles. Igual desarrollo de la cara y de la región visible del cráneo cerebral; siendo ambos cortos y anchos pero de desarrollo muy regular. Frente ancha, poco elevada y con un *torus sagittalis ossis frontis* bien determinado. Tuberosidades frontales nulas. Glabella muy pronunciada. Arcos superciliares bien pronunciados. Procesos zigomáticos del frontal muy desarrollados. Zigomáticos muy fuertes. Órbitas anchas, poco altas. Raíz

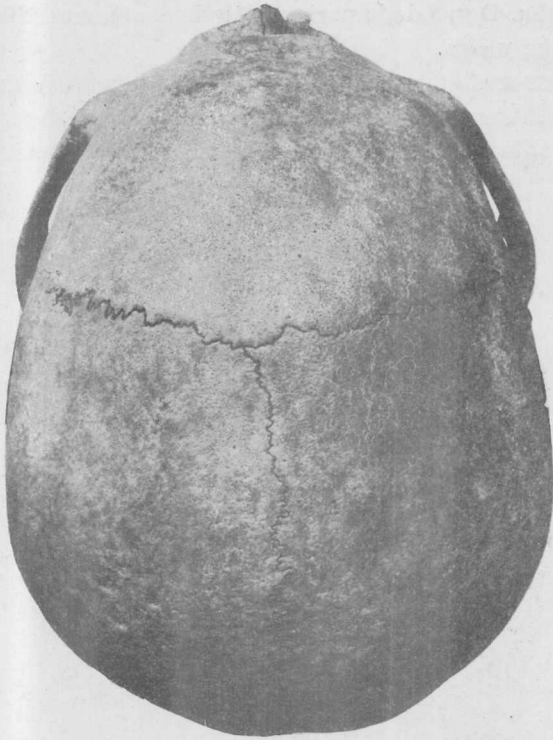


Fig. 61. — *Norma verticalis*. Cráneo 13.277. Col. Museo Etnográfico

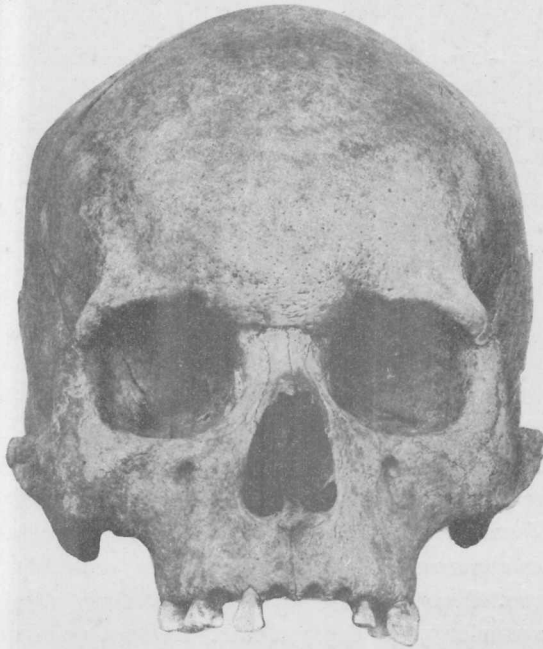


Fig. 62. — *Norma frontalis*. Cráneo 13.277. Col. Museo Etnográfico

nasal muy ancha. Dorso de la nariz profundamente excavado. Abertura piriforme, ancha y alta.

NORMA OCCIPITALIS. — Conjunto de forma pentagonal muy poco más alto que ancho. Ángulos muy redondeados. Lados superiores curvilíneos y laterales rectilíneos y perpendiculares hacia abajo. Base recta. *Torus*



Fig. 63. — *Norma occipitalis*. Cráneo 13.277. Col. Museo Etnográfico

occipitalis poco pronunciado. *Linea nuchae superior* bastante desarrollada.

NORMA BASILARIS. — Foramen occipital relativamente pequeño con forma de escudete. Cóndilos occipitales pequeños. Arcada dentaria parabólica.

CRÁNEO 13276

♀, maduro, de 45 a 55 años. Ausencia casi completa del esqueleto nasal interno. Faltan algunos elementos dentarios.

NORMA LATERALIS. — Curva ántero-posterior muy regular desde la glabella, sin que la región lambdoidea aparezca con un aplastamiento muy grande. Vertex por detrás del bregma. Escama occipital en la región suprainíaca convexa, en la infrainíaca plana, separadas por un *torus* bien pronunciado. Glabella muy poco notable. Raiz nasal superficial. Espina nasal anterior poco desarrollada. Malares poco desarrollados.

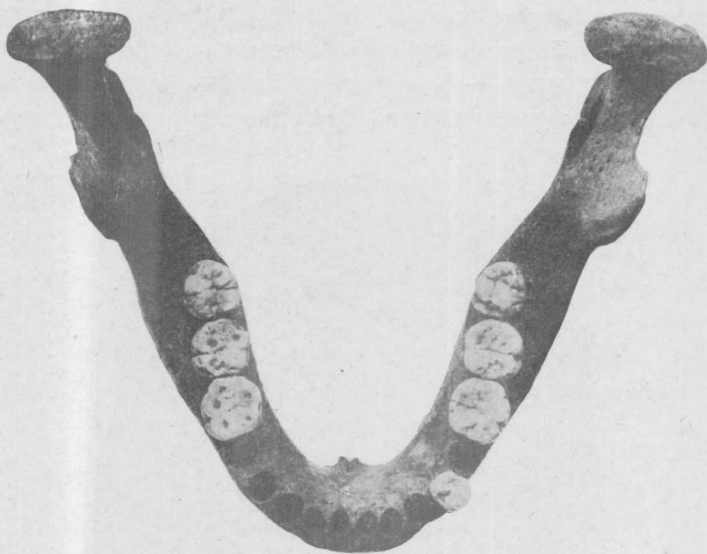


Fig. 64. — Mandíbula. Vista superior. N° 13.277. Col. Museo Etnográfico



Fig. 65. — *Norma lateralis*. Cráneo 13.276. Col. Museo Etnográfico

Apófisis mastoideas pequeñas pero prominentes. Conducto auditivo externo pequeño. Escama temporal desarrollada. Plano temporal amplio. Línea temporal inferior apenas visible. Existe un pequeño prognatismo.

NORMA VERTICALIS. — Beloides, muy ancho y de desarrollo regular. No se ven los arcos superciliares. Fosas temporales muy pequeñas. Tu-

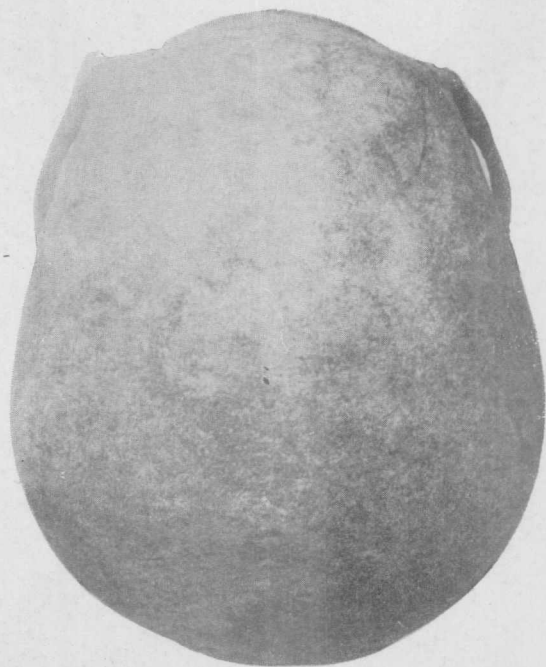


Fig. 66. — *Norma verticalis*. Cráneo 13.276. Col. Museo Etnográfico

berosidades parietales bien delimitadas. Arcos malares visibles sin separarse mucho de la caja craneana.

NORMA FACIALIS. — Cráneo macizo pero grácil. Predominio de la cara sobre el cráneo cerebral visible. Frente ancha y baja, con un *torus sagittalis ossis frontis*. Tuberosidades frontales nulas. Glabella poco pronunciada. Arcos superciliares poco marcados. Procesos zigomáticos del frontal bien desarrollados. Zigomáticos fuertes. Órbitas anchas y poco altas. Raiz nasal muy ancha. Dorso de la nariz rectilíneo. Abertura piriforme ancha, pero muy alta.

NORMA OCCIPITALIS. — Conjunto pentagonal un poco más alto que ancho. Ángulos muy redondeados. Lados superiores y laterales rectilíneos. Base convexa. *Torus occipitalis* poco pronunciado. *Linea nuchae inferior* muy poderosa.

NORMA BASILARIS. — *Foramen magnum* pequeño y ligeramente alargado. Cóndilos occipitales pequeños. Arcada dentaria parabólica.

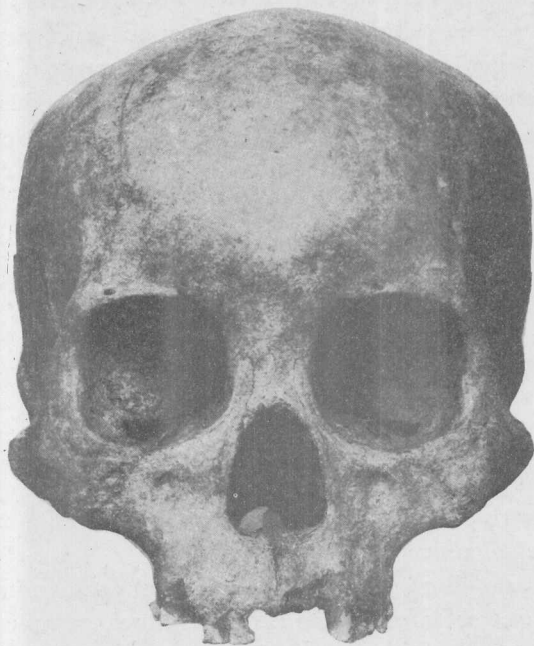


Fig. 67. — *Norma frontalis*. Cráneo 13.276. Col. Museo Etnográfico

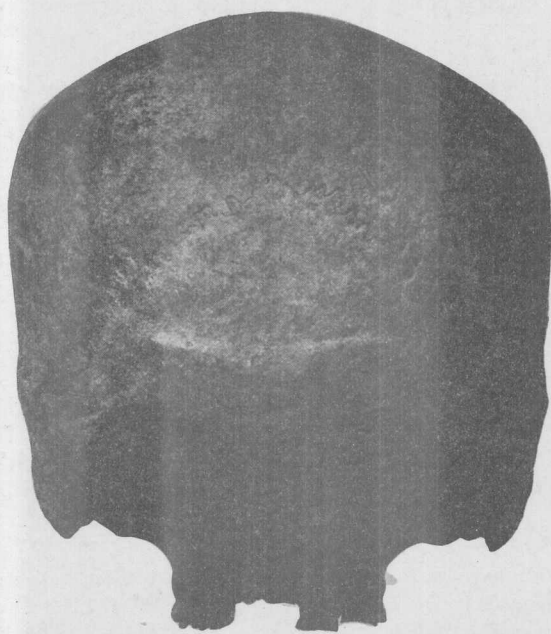


Fig. 68. — *Norma occipitalis*. Cráneo 13.276. Col. Museo Etnográfico

Estos caracteres, sumariamente enunciados, autorizan a suponer que ambos cráneos son de yahganes, tales como nos son conocidos a través de las descripciones de Flower ¹, Garson ², Hultkrantz ³, Hyades y Deniker ⁴, Ten Kate ⁵, Mantegazza y Regalia ⁶, Medina ⁷, y Sergi ⁸.

No es esta la oportunidad, ni bastarían estos elementos, para determinar la exactitud de la tesis que ve en este grupo variaciones locales de tipos primitivos ⁹.

CAPÍTULO IV

Atribución étnica de los « conchales »

La simple consideración del instrumental encontrado en uno y otro « conchal » evidencia que los han formado dos razas diferentes. Es tan disímil el conjunto de los hallazgos que, desde ningún punto de vista, se les puede correlacionar.

En el « conchal » de río Chico el instrumental caracteriza a un pueblo trabajador del que están excluidas las costumbres guerreras. Todos los hallazgos corresponden a útiles de labor, pues las mismas boleadoras, más son instrumentos de caza que armas ofensivas. Además, el material es netamente lítico.

En cambio, en el « conchal » de Ushuaia, el instrumental lítico está

¹ WILLIAM H. FLOWER, *Catalogue of the specimens illustrating the osteology and dentition of vertebrated animals, recent and extinct, contained in the museum of the Royal college of surgeons of England*, part I, Man, 1st. edition, 180 y siguientes, London, 1879.

² JOHN G. GARSON, *On the inhabitants of Tierra del Fuego*, en *Journal of the Royal anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, XV, 141 y siguientes, London, 1885.

³ J. VILH. HULTKRANTZ, *Zur Osteologie der Ona- und Yahgan- Indianer des Feuerlandes*, en *Wissenschaftliche Ergebnisse der schwedischen Expedition nach den Magellanslaendern 1895-1897*, I, 109 y siguientes, Stockholm, 1900.

⁴ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., 25 y siguientes.

⁵ HERMAN TEN KATE, *Matériaux pour servir à l'anthropologie des Indiens de l'Argentine*, en *Revista del Museo de La Plata*, XII, 43 y siguientes, La Plata, 1906 [1905].

⁶ PAOLO MANTEGAZZA, ETTORE REGALIA, *Studio sopra una serie di crani di Fuegini*, en *Archivio per l'antropologia e la etnologia*, XVI, 463 y siguientes, Firenze, 1886.

⁷ JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Los aborígenes de Chile*, 108, figura 230, Santiago, 1882.

⁸ G. SERGI, *Antropologia fisica della Fuegia*, en *Atti della Reale accademia medica di Roma*, XIII, segunda serie, III, 33 y siguientes, 1886-1887.

⁹ G. L. SERA, *L'altezza del cranio in America*, en *Archivio per l'antropologia e la etnologia*, XLII, 194 y siguiente, Firenze, 1912.

constituído exclusivamente por armas. Pero lo que mayormente caracteriza al yacimiento es el abundante y variado material óseo.

Teniendo en cuenta esas diferencias y los conocimientos que poseemos sobre las tribus fueguinas, ¿sería posible establecer qué pueblos fueron los que construyeron los respectivos « conchales » ?

En lo que respecta al de Ushuaia, la respuesta, sino exacta, está dentro de límites que no pueden apartarse mucho de la verdad. Los autores están acordes en que toda la región periférica del canal de Beagle estuvo poblada por los yahganes ¹. El instrumental que estos indios usaban, todavía en las postrimerías del siglo pasado, concuerda, en caracteres generales, con los provenientes del « conchal » con la única excepción de las flechas cuyo uso no era común en tiempos modernos ². No es, pues, aventurado atribuir a esa raza los restos encontrados en esa acumulación de residuos.

En lo que atañe al « conchal » de río Chico, la respuesta no es tan fácil o, cuando menos, es más imprecisa.

La región de río Chico está enclavada en el territorio netamente ona y en situación tal que no cabe suponer la influencia de otras tribus fueguinas conocidas, según la distribución geográfica que se les atribuye.

Los onas, en efecto, ocupaban toda la extensión norte de la isla de Tierra del Fuego, teniendo por límite hacia el norte el estrecho de Magallanes, el Atlántico hacia el este, al sur las montañas que bordean el canal de Beagle y al oeste la bahía Inútil y el seno del Almirantazgo ³.

De acuerdo con los recursos de tan vasto *habitat*, por el régimen de alimentación, los onas pueden dividirse en dos grupos: el de la región de las praderas, que comprende el litoral atlántico al norte del cabo Peñas, la parte sur de bahía Inútil sobre el estrecho y los montes que bordean el lago Fagnano; el grupo del sudeste que habitaba la región boscosa de las montañas sobre el canal de Beagle y el océano Atlántico ⁴.

El primer grupo, netamente mediterráneo, se alimentaba, casi exclusivamente, de carne de guanaco (*Lama*) y « coruro » (*Ctenomys*), a más de algunos vegetales, especialmente hongos. Su alimentación, de origen marino, estaba circunscrita a la pulpa de ballena que, por canje, adquirían a otros indígenas, especialmente alacaluf ⁵.

El grupo del sur vive a expensas de aves marinas, lobo de mar, peces,

¹ HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., mapa.

² LOVISATO, *Sulla collezione etnografica*, etc., 721 y siguiente; SPEGAZZINI, *Cosmumbres de los habitantes*, etc.; HYADES et DENIKER, *Mission scientifique*, etc., 360.

³ DABBENE, *Los indígenas*, etc., 249.

⁴ DABBENE, *Los indígenas*, etc., 249.

⁵ DABBENE, *Los indígenas*, etc., 250.

moluscos y demás productos marinos, sin dejar, por ello, de utilizar los guanacos y coruros, menos abundantes allí que en el norte.

De modo, pues, que si es indudable que los « conchales » de la costa atlántica han sido formados por los onas que siempre ocuparon la región, la atribución a uno de los dos grupos no se presenta tan clara. De atenernos a la distribución geográfica de los grupos, comprobada a fines del siglo pasado, habría que atribuirlos a las onas del norte ; pero su régimen de alimentación tan exclusivamente terrestre repugna a esta suposición, puesto que no es posible admitir un cambio tan radical de alimentación sin causa que lo justifique.

Por el contrario, el régimen alimenticio del grupo sur concuerda admirablemente con los restos que constituyen la masa del « conchal ». Su omnivorismo está abundantemente representado por los variados elementos marinos y terrestres que se han amontonado a través de los años.

Según esto, la distribución geográfica establecida en el siglo anterior no sería exacta para una época más lejana. Sería forzoso pensar en una migración de norte a sur, provocada, indudablemente, por la invasión del grupo norte. Y, como se robustece día a día la hipótesis que ve en los onas a los representantes actuales de los antiguos patagones, aquel hecho es lógico y, se podría decir, inevitable.

La migración de la población indígena desde el continente a la región insular no se habría efectuado en masa, sino en olas sucesivas, a medida que los elementos periféricos del norte se veían constreñidos a evacuar los territorios nativos y migrar hacia el sur, empujando a las tribus adyacentes. Esa marea, que probablemente extendía su flujo desde las pampas hasta el estrecho, forzaría a las tribus inmediatas a éste a cruzarlo para establecerse en la isla grande de Tierra del Fuego. Este proceso a través del estrecho se efectuaba, todavía, en épocas históricas ¹.

Según esto, el grupo sur de los onas sería el primero de su raza ² que cruzó el brazo de mar que lo separaba de su nueva habitación y a él habría que atribuir la formación de los « conchales ». Con el tiempo, el te-

¹ TOMAS FALKNER, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, 111, Hereford, 1774.

² No es inverosímil que los elementos australes de Tierra del Fuego, los yahganes, hayan sido, también, pobladores continentales, que por haber llegado antes a la isla, han sido desplazados hacia la zona del canal de Beagle e islas adyacentes. Esta teoría, por el momento, sólo podría sustentarse en un hallazgo arqueológico de valor indudable. Me refiero a los arpones óseos de cabo Blanco, cuyo tipo fueguino es evidente y, es sabido, que si alguna tribu se ha distinguido en esos trabajos de hueso es precisamente la de los yahganes.

Esto nos llevaría a considerar las migraciones continentales como muy antiguas, anteriores por cierto a las de la época histórica que los autores datan en el siglo XVIII. Ésta, provocada por la invasión araucana, no sería sino el último movimiento de una larga serie de desplazamientos.

territorio ocupado pacíficamente y sin oposición, se vió invadido por una nueva ola de su misma raza, pero de tendencias y hábitos diferentes, más belicosa, que obligó a los primeros ocupantes a replegarse hacia el sur, naciendo, desde entonces y por esa causa, el odio implacable que mantenía a ambos grupos en continuas y sangrientas luchas ¹.

Así, pues, los « conchales » serían el testimonio que de su paso por la costa fueguina atlántica ha dejado el grupo de los onas del sur, en su marcha hacia la zona donde enemigos más fuertes ² los diezmaron hasta reducirlos a un puñado miserable que, en breve, desaparecerá por entero.

CAPÍTULO V

Conclusiones

El material que he descrito, como todo hallazgo nuevo, plantea a la arqueología ciertas cuestiones esenciales referentes a la época del hallazgo, al lugar que ocupa en la evolución prehistórica, al pueblo de que proviene y a la civilización que representa.

Son de gran importancia para la elucidación de estas cuestiones, las condiciones perfectamente claras y simples de los hallazgos que evidencian un conjunto de objetos homogéneos, pertenecientes a un período bien determinado. El examen del contenido arqueológico no hace más que confirmar esta opinión: una cohesión morfológica indudable.

Los « conchales » descritos deben datarse de época netamente prehispanica y no muy anterior al descubrimiento y a la conquista. A más de los cálculos establecidos para determinar la edad, nótese que ninguna pieza es morfológicamente intrusiva dentro del instrumental aborígen. Ninguno de los utensilios a base de productos europeos — vidrio, hierro, etc. ³, — tan abundantes y casi únicos en manos de los indígenas del pasado siglo, se ha encontrado en esos yacimientos, y es de suponer que la introducción de aquéllos comenzó con los primeros naufragios de la época de los descubrimientos.

¹ DABBENE, *Los indígenas*, etc., 249.

² G. B. GASPERRI, *La diminuzione della popolazione indigena della Terra del Fuoco*, en *Archivio per l'antropologia e l'etnologia*, XLIII, 163 y siguientes, Firenze, 1913.

³ FÉLIX F. OUTES, *Instrumentos modernos de los indios Onas (Tierra del Fuego)*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, serie III, VI, 287 y siguientes, Buenos Aires, 1906. Los indios onas que aún viven, no tienen la más mínima idea sobre la utilización que han tenido los instrumentos de piedra. Inquiridos al respecto, afirman que siempre han usado los fabricados con trozos de hierro y si se les argumenta que no siempre ha existido en la isla esta clase de material se conforman con decir en su media lengua: « siempre haber aros [de barril] en la playa ».

El carácter del contenido arqueológico de los « conchales » difiere tan en absoluto de lo que se ha descrito hasta ahora como propio de los aborígenes fueguinos, que la simple comparación evidencia que aquéllos pertenecen a una época anterior, libre de toda influencia exótica.

En cuanto a la situación del hallazgo dentro de nuestra edad de la piedra no es posible, ni aun siquiera, conjeturar su sincronismo, por cuanto, como es sabido, faltan en la parte continental elementos de comparación. La arqueología de esos inmensos territorios cuenta buenos trabajos y excelentes monografías descriptivas, pero no se ha podido abordar, por razones obvias, el delicado problema de su cronología.

Cuando este trabajo se realice en gran escala y tengamos en el territorio patagónico varios pisos culturales bien delimitados, entonces se podrá establecer correlaciones estratigráficas que, por el momento, sólo vislumbramos como un deseo y una esperanza en el porvenir.

Sin embargo, es conveniente, desde ya, hacer notar la divergencia que existe entre el complejo arqueológico patagónico y el fueguino que hago conocer, y que radica en que en este último hay un conjunto de piezas de tipos comunes en las estaciones prehistóricas de Europa, mientras que los de Patagonia tienen un instrumental de facies más americana. ¿Será esta diferencia consecuencia de la ignorancia que tenemos del instrumental antiguo de Patagonia, puesto que, hasta ahora, los hallazgos son, en su casi totalidad, superficiales? Me inclino a creerlo así, e interpretar la gran parte del material conocido como procedente de las tribus más modernas que poblaron el sur del continente.

Por el momento, el instrumental coleccionado de los « conchales », unido a los objetos encontrados aisladamente y que deben relacionarse, nos dan un cuadro interesante, rico en detalles, de una fase particular de la civilización aborígen.

Nada es lo que puede decirse sobre las relaciones que tienen estos hallazgos con la cultura prehistórica que los ha precedido. La única vinculación, pero que tiene un carácter muy particular, por cuanto es necesario atribuirle a una antigüedad más remota, es la presencia, en la costa patagónica, de arpones óseos, que encuentran sus correlativos morfológicos en la parte sur del archipiélago fueguino.

En el mismo territorio de Tierra del Fuego no se pueden señalar antecedentes a la civilización que representan los hallazgos de río Chico y Ushuaia. Pero, ampliando nuestro horizonte, se puede comprobar la existencia de otras vinculaciones, sobre todo en los territorios del sur patagónico sobre uno y otro océano. Muy característicos son los perforadores y raspadores. La difusión de estos tipos de instrumentos parece expresar, claramente, la marcha progresiva de esta civilización hacia el sur. Las coincidencias incontestables que evidencian esta relación

no autorizan, sin embargo, a insinuar cómo debe interpretarse este conjunto de relaciones.

En lo concerniente a este carácter patagónico, no se podría decir con certeza de dónde ha procedido en la cultura fueguina. Sin duda, muchos indicios hacen pensar que las relaciones insulares con las continentales han sido mucho más amplias y constantes, sobre todo, si se hacen intervenir otros elementos de juicio, como la antropología somática ¹ y la lingüística ². Pero sobre este punto todavía los difíciles problemas quedan sin solución.

En todo caso, se puede decir que los hechos arqueológicos no testimonian una ruptura de continuidad entre la cultura patagónica y la de los « conchales » y que ésta exige la hipótesis de la migración de la raza que los construyó. ¿Cuál fué esa raza y cuál su vinculación con las otras del continente americano? Sólo podemos plantear la pregunta, sin atrevernos a insinuar una respuesta. Es seguro, sin embargo, que en esos « conchales » se encierran las soluciones de éste y de muchos otros problemas de la etnogenia americana, pero débese explorarlos con detenimiento.

En ellos está la verdadera historia de los viejos pobladores de las lejanas tierras patagónicas, escrita en esa acumulación diaria de restos de comida, de sus instrumentos y sus propios esqueletos; historia que ha quedado súbitamente interrumpida, con la aparición despiadada del hombre blanco, que exterminó esa raza, que lo arrasó todo: sus dolores y alegrías, sus angustias y sus esperanzas. Ya no existe el aborígen que diariamente tiraba al montón el puñado de valvas, escribiendo así su historia. El viento del océano ya no llega a cantar como antes en los cueros de los toldos, llevándose los gritos de placer o los lamentos del alma afligida; sólo, como entonces, la espuma del mar salpica y lame diariamente los umbrales naturales del primitivo albergue, enmudecido para siempre.

¹ HULTKRANTZ, *Zur Osteologie*, etc., 163 y siguientes; HRDLICKA in DABBENE, *Los indígenas*, etc., 283; PAUL RIVET, *La race de Lagoa-Santa chez les populations précolombiennes del Equateur*, en *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 5^a série, IX, 257, Paris, 1908.

² CARLOS SPEGAZZINI, *Costumbres de los Patagones*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XVII, 239, Buenos Aires, 1884; CARLOS SPEGAZZINI, *Apuntes filológicos sobre las lenguas de Tierra del Fuego*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XVIII, 131 y siguientes, Buenos Aires, 1884; THOMAS BRIDGES, *Das Feuerland und seine Bewohner*, en *Globus*, XLVII, 332, Braunschweig, 1885; RAMÓN LISTA, *Viaje al país de los onas, Tierra del Fuego*, 82, Buenos Aires, 1887; RAOUL DE LA GRASSERIE, *De la langue Tehuelche*, en *Internationaler Amerikanisten-Kongress. Vierh-zente Tatung*, Stuttgart, 1904, 611 y siguientes, Stuttgart, 1906; FÉLIX F. OUTES y CARLOS BRUCH, *Los aborígenes de la República Argentina*, 132 y siguiente, Buenos Aires, 1910; ROBERT LEHMANN-NITSCHKE, *El grupo lingüístico Tshon*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXII, 217 y siguientes, Buenos Aires, 1913.